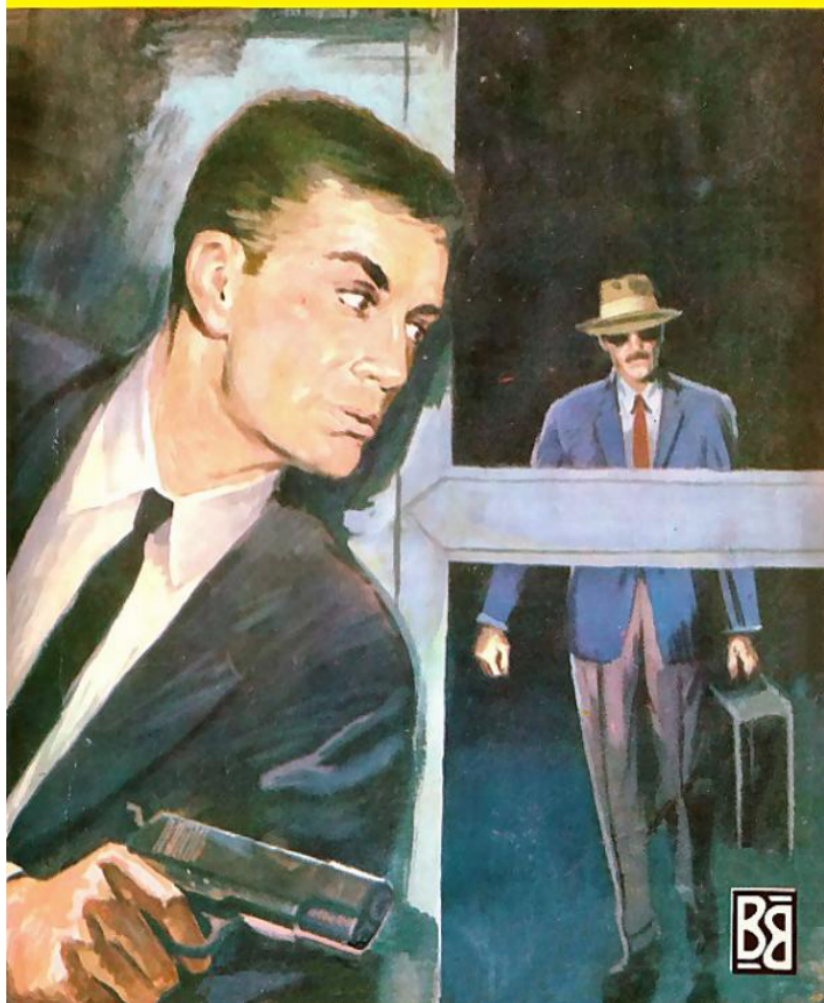


PUNTO
ROJO

el muerto... ¡vive!

louis g.milk





LOUIS G. MILK

EL MUERTO... ¡VIVE!

Col. PUNTO ROJO n.º 100
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGGERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 14259-1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: julio 1965

© LOUIS G. MILK - 1965
sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 3549/65

CAPÍTULO PRIMERO

Jamie McPeel, el muchacho que servía la leche a las casas que se hallaban fuera del casco urbano de la pequeña aldea de Gwinster, pedaleaba rápidamente. La mañana era fresca y era preciso activar el ejercicio, para entrar en calor lo más rápidamente posible.

Delante del manillar, en una jaula de alambre especialmente acondicionada para el objeto a que se destinaba, iban las botellas de leche. La niebla se agarraba en tenaces jirones a los árboles que flanqueaban el camino, aclarándose o espesándose, según las perezosas rachas de viento que la agitaban. Los objetos quedaban difuminados y aun borrosos en la lejanía de aquella llanura, surcada por leves ondulaciones, cubiertas de césped, brezos y otros arbustos bajos, y que apenas merecían el nombre de colinas.

Una casa apareció de pronto ante los ojos del muchacho, surgiendo de la niebla casi como una fantasmal aparición. Era grande, de planta y primer piso, con un antiguo y pronunciado tejado de pizarra, a dos aguas, y una gruesa chimenea de piedra en uno de sus costados. No salía humo de la chimenea, pero Jamie no se percató del detalle. A él lo que le interesaba era terminar cuanto antes el reparto.

Hizo girar el manillar de la bicicleta, metiéndola por el sendero que conducía a Heeney House. La puerta estaba protegida por una antigua marquesina, también de pizarra, sustentada por un par de delgadas columnas, cuyos basamentos quedaban a un metro del suelo.

Jamie desmontó de la bicicleta, que dejó apoyada contra la baranda de la escalera que conducía al piso de la marquesina. Sacó las botellas de leche, que constituían el pedido habitual de Heeney House, y subió la escalera hasta llegar ante la puerta.

El muchacho hizo una mueca de disgusto. Los habitantes de Heeney House se habían olvidado de dejar las botellas vacías. No

era lo acostumbrado, pero le hizo sentirse molesto, porque la espera le haría perder un tiempo que él estimaba precioso.

Resignándose, sin embargo, llamó al timbre. Seguramente, la hermosa señora Weldon tendría una buena excusa que darle. Y él la aceptaría, claro: ¡era tan bonita! Claro que podía ser su madre: la señora Weldon tenía treinta y cuatro años —lo había oído comentar en Gwinster más de una vez—, y él tenía ya quince. Pero ella parecía mucho más joven: a veces, casi daba la sensación de ser una muchacha de poco más de veinte años. Y, además, era tan dulce y tan bondadosa...

Jamie frunció el ceño cuando vio que nadie contestaba a sus llamadas. Hincó literalmente el dedo en el llamador y mantuvo la presión durante treinta largos segundos.

El silencio persistió. Jamie se dijo que ya no podía esperar más. Dejaría las botellas al pie de la puerta y...

De repente, se dio cuenta de que la puerta estaba entornada. Sin pensarlo dos veces, la empujó y asomó la cabeza.

—¡Eh! —gritó—. ¿No hay nadie en casa?

Su voz rebotó por el vestíbulo y la escalera que conducía al piso superior. Volvió a gritar, sin obtener tampoco ningún resultado.

Acuciado por la curiosidad, franqueó el umbral. Miró temerosamente en torno suyo. Todo parecía en orden, pero aquel silencio le abrumaba. No era normal que una casa habitada por tres personas permaneciese callada a las siete y media de la mañana. La señora Weldon, él lo sabía muy bien, se levantaba mucho antes para preparar el desayuno a su esposo y al doctor Foulham, quienes a las ocho, si no antes, habían dado ya comienzo a su jornada de trabajo.

Avanzó unos pasos. Una tabla crujió lamentosamente bajo sus pies y le hizo dar un salto. El muchacho se rió de sus temores, pero no era sincero...; a decir verdad, tenía bastante miedo.

Divisó a la derecha una puerta entreabierta, que sabía daba al laboratorio donde ordinariamente trabajaban Foulham y Weldon. Jamie se acercó a la puerta y la terminó de abrir.

El muchacho creyó que se quedaba muerto en el sitio. Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas al ver los dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de ellos era fácilmente reconocible por las ropas: era el de la linda señora Weldon. El otro... no se sabía de quién era. Y a no ser por su indumentaria, tampoco se hubiera

sabido que aquel cadáver pertenecía a Jane Weldon. Ambos eran totalmente irreconocibles; en realidad, eran una masa de algo que se suponía había sido carne, desde la cintura para arriba.

James sintió horror y asco al mismo tiempo al ver el espantoso estado en que habían quedado ambos cuerpos. Casi enloquecido por el miedo, giró sobre sus talones y huyó de allí a la carrera.

Momentos después, pedaleaba furiosamente hacia la aldea. El agente de la policía local, Luke McFadden, tenía que enterarse de la horrible tragedia y obrar en consecuencia.

Las investigaciones de Luke McFadden dieron por resultado un informe, que expuso primero de palabra y luego por escrito al magistrado de la aldea, honorable Fergus Strong.

—El crimen fue cometido por celos. Es claro que Frank Weldon sorprendió a su esposa y al doctor Foulham en una actitud inequívoca. Ambos eran jóvenes y... bien, ya se sabe a veces cómo pasan estas cosas. Entonces, opino que Weldon, cegado, perdió la cabeza y los mató a los dos. Luego, horrorizado de lo que había hecho, huyó alocadamente, sin saber adónde iba. Era de noche y se metió en los terrenos pantanosos que hay al Nordeste de Heeney House. Las huellas que hemos visto así lo demuestran taxativamente. Cuando quiso darse cuenta, debía ser ya tarde y estaba metido de lleno en la ciénaga. Si gritó, nadie le oyó; hemos de tener presente que Heeney House está apartada de las otras casas vecinas y que sus gritos se producían demasiado lejos para despertar a los durmientes.

Fergus Strong se mostró de acuerdo con el informe del policía. Y después de los trámites legales correspondientes, el caso quedó cerrado: un hombre había cometido dos muertes y había muerto a su vez. Por lo tanto, ya no se le podía exigir responsabilidad.

En su interior, McFadden se felicitó de que Weldon hubiese muerto en pantano. Incluso era para estarle agradecido. ¡De menudas complicaciones les había salvado!

Heeney House se cerró después. Durante quince años, permaneció deshabitada, hasta que vino alguien a ocuparla.

CAPÍTULO II

El detective inspector John Harrogate mordió la pipa con los dientes, mientras repasaba con ojos un tanto escépticos los papeles que tenía en la mano.

Uno de ellos era una carta, escrita por el sargento Luke McFadden, jefe de la policía local en una remota aldehuela llamada Gwinster, situada a noventa millas de Londres, en el condado de Suffolk. El otro papel era un anónimo recibido por el aludido sargento McFadden y que había remitido a Scotland Yard para su estudio, análisis correspondiente y, si procedía, el envío de un detective para esclarecer el asunto.

El inspector Harrogate tenía por costumbre no fiar demasiado en los policías de pueblo, gente muchas veces elegida por simpatías más que por dotes personales para el desempeño del cargo. Pero, al mismo tiempo, era comprensivo, y sabía que a un sujeto como McFadden no se le podía exigir una manera de actuar idéntica a la de un hombre del Yard, aparte de que, entre éstos, también los había bastante romos para según qué cosas. «En fin, no somos perfectos; sólo seres humanos», terminó sus reflexiones, maldiciendo en su interior de la patata caliente que le había soltado el superintendente Evanston, para que se encargase de enfriarla.

McFadden pedía la colaboración del Yard y era imposible negársela. Además, vista la exposición que hacía de los hechos, se veía claramente que, aun teniendo base en un suceso acaecido quince años atrás, el propio McFadden había sido uno de los actores del mismo, por lo que no se podía decir que hablase —escribiese, mejor dicho—, de oídas. A menos que el anónimo que McFadden había recibido, fuese obra de un resentido o un maniático, el asunto poseía la suficiente dosis de interés para intentar resolverlo satisfactoriamente.

«Máxime cuando el delito no ha prescrito aún», se dijo, a la vez

que se inclinaba hacia el interfono.

—Por favor —ordenó—, envíenme inmediatamente al detective Gleason. —Ya había elegido al hombre que debería esclarecer el misterio.

Stuart Gleason llegó al despacho del inspector minutos más tarde. Era un hombre joven, de aspecto corriente, no desagradable, ni mucho menos, pero que podía pasar perfectamente desapercibido en una multitud. Su inteligencia, sin embargo, no había pasado inadvertida a sus superiores. Tenía el cabello castaño y los ojos azules, como millones de británicos; medía un metro setenta y cinco y pesaba setenta kilos justos.

—¿Señor? —dijo apenas hubo entrado en el despacho.

—Siéntese —invitó Harrogate—. ¿Un cigarrillo?

Harrogate fumaba ordinariamente en pipa, lo cual no era obstáculo para que tuviese siempre cigarrillos a disposición de sus visitantes.

—Gracias, señor —contestó el joven. Encendió el pitillo, inhaló el humo y esperó a que su superior le dirigiese la palabra.

Harrogate le tendió la carta de McFadden. Gleason la leyó detenidamente.

—Un suceso relativamente común —opinó al cabo—. El marido burlado, que sorprende a los culpables, los mata y luego, desesperado o arrepentido, se castiga a sí mismo con la muerte.

—Así parece, en principio, y Luke McFadden y todos los habitantes de Gwinster, incluido, por supuesto, el magistrado local, lo creyeron tal como usted lo ha dicho. Pero vea este anónimo que el sargento McFadden ha recibido hace unos días.

Gleason tomó el papel y lo frotó con los dedos, dándose cuenta de que era de una variedad poco común, de hilo de una trama demasiado ancha. Las letras escritas eran mayúsculas, exageradamente deformadas a propósito, a fin de ocultar la identidad del informante.

El contenido del mensaje era el siguiente:

«SARGENTO McFADDEN: ¿NO SE LE HA OCURRIDO PENSAR QUE TAL VEZ EL ASESINO DE LAS DOS PERSONAS QUE MURIERON HACE QUINCE AÑOS EN HEENEY HOUSE ESTE AUN CON VIDA? ¿NO SE LE HA OCURRIDO TAMPOCO QUE LAS HUELLAS

QUE APARECIERON EN DIRECCIÓN A LA CIÉNAGA NO FUERON SINO UN TRUCO PARA FINGIR SU MUERTE Y ELUDIR ASÍ EL CASTIGO QUE SE MEREÍA POR LAS DOS MUERTES COMETIDAS? VAMOS, HOMBRE: INVESTIGUE MÁS A FONDO Y DEJE DE MIRARSE EL OMBLIGO.

»¡EL MUERTO QUE MATO... VIVE TODAVÍA!».

Stuart Gleason repitió la lectura del anónimo. Palpó nuevamente el papel y luego miró al inspector.

—La carta fue echada hace doce días al correo, en Ely, según el matasellos del sobre —manifestó Harrogate.

—Cosa que conviene tener en cuenta, a fin de averiguar qué vecino de Gwinster estuvo ese día en Ely.

—Efectivamente —convino el inspector—. De lo poco que se puede deducir, por el momento, es que se trata de una venganza.

—¿Al cabo de quince años? —murmuró el joven—. Y, ¿por qué esperar tanto tiempo?

—Porque el asesino ha vuelto a Gwinster —alegó Harrogate.

—Oficialmente, el asesino fue Frank Weldon. Cabe suponer que dejó las huellas a fin de hacer creer en su muerte. Bien, entonces, ¿qué motivos le han llevado a regresar a la aldea, después de quince años del suceso? El crimen no ha prescrito todavía; puede ser detenido, juzgado y sentenciado.

—Eso es lo que más me extraña a mí —dijo Harrogate—. Suele decirse que el asesino vuelve siempre al lugar del crimen, arrastrado por una sensación morbosa a la cual no puede sustraerse. Personalmente, no creo en esa teoría, generalizando, claro; por lo común, el asesino que no se arrepiente y se presenta espontáneamente a la policía, o se suicida —como parece que hizo Weldon—, pone pies en polvorosa y procura alejarse lo más posible del lugar donde murió su víctima. Que hayan podido darse algunos casos, no es suficiente para confirmar esa teoría.

—Y, sin embargo, el anónimo lo afirma —dijo Gleason—. El asesino está de nuevo en Gwinster, pero ¿por qué no le ha detenido ya McFadden?

—Porque, si es cierto que ha vuelto, lo ha hecho bajo otro aspecto tan diferente, incluso tan respetable, que el sargento McFadden no se atreve a intervenir, a fin de no cometer un desliz

que pudiera acarrearle un grave perjuicio. Además, el anónimo lo dice bien claro: «Investigue más a fondo y deje de mirarse el ombligo». Eso significa que McFadden no es capaz de reconocer a Weldon en su aspecto actual.

—Sí, cabe esa posibilidad —concordó el joven, sumamente pensativo—. A pesar de todo, hay una cosa que me extraña sobremanera.

—¿Cuál? —preguntó Harrogate.

—La vuelta del asesino al cabo de tantos años. ¿Qué es lo que le ha hecho regresar?

—Weldon estaba muy enamorado de su mujer —alegó Harrogate.

—Eso no sirve —contradijo Gleason—. Al menos, así me lo parece a mí. ¿Mató sólo por celos?

—¿Qué es lo que quiere decir usted? —preguntó el inspector.

—Los cadáveres de Foulham y de la señora Weldon aparecieron juntos. Esto tiende a indicar que, efectivamente, el doble asesinato fue cometido por los celos. Pero si ha vuelto ahora, no me parece a mí que lo haya hecho solamente por evocar la época en que vivió allí con su esposa. Tiene que existir algún motivo más profundo, creo yo.

Harrogate sacudió la ceniza de su pipa en el cenicero que tenía al alcance de la mano y luego, con gesto preocupado, volvió a llenarla.

—Sí, también a mí me parece que debe existir una razón poderosa que ha hecho regresar al asesino, después de quince años. Pero tanto Foulham como Weldon eran simples científicos, con algún dinero propio para subvenir a sus propias necesidades y a las de sus experimentos, aunque no tanto dinero que fuese una fortuna capaz de inspirar la idea de matar. ¿Qué hubo entre ambos? ¿Qué sucedió aquella noche? Eso es algo que usted tendrá que averiguar, Gleason.

—Sí, señor —contestó el joven.

Una vez más paseó los dedos por la superficie del papel.

—El autor del anónimo es listo por un lado —comentó—. En este papel, las huellas digitales no pueden quedar impresas, pero, por otra parte, es demasiado conspicuo, de una calidad poco corriente.

—Tengo ya a un detective investigando sobre su posible origen. En cuanto sepa algo al respecto, le enviaré un telegrama.

—De acuerdo. A propósito, inspector; supongo que no será conveniente que me presente en Gwinster con mi propia personalidad. Sí, como asegura el anónimo. Weldon está en la aldea, podría entrar en recelos al ver un detective del Yard y aprovechar la ocasión para escapar. McFadden ha sido lo suficientemente astuto para no delatar que ha recibido el anónimo, pero si Weldon me descubriera, intentaría huir. Eso demostraría su culpabilidad, aunque si consiguiese esfumarse de nuevo, no nos serviría de ningún consuelo.

Harrogate sonrió.

—Estamos saliendo de la primavera. Hace un tiempo excelente. Puede pasar por un empleado soltero en vacaciones.

—Y aficionado a la fotografía —sonrió también Gleason—. Ninguna de las dos cosas se aleja de la verdad: estoy empleado en el Yard y me gusta la fotografía. La única ficción, en todo caso, serán las vacaciones.

—Es una buena idea —concordó el inspector—. ¿Cuándo piensa marchar?

—Mañana mismo, a primera hora. Sin prisa, puedo llegar a Gwinster después de mediodía. Otra cosa, señor.

—¿Sí, Gleason?

—Me gustaría llevarme una fotografía del anónimo y un fragmento del papel en que ha sido escrito, a fin de tener elementos de comparación, por si encuentro algún indicio.

—De acuerdo —accedió Harrogate—. Dentro de dos horas tendrá usted la copia. —Alargó su mano por encima de la mesa—. Es una frase hecha, pero me parece que debo pronunciarla: vele usted por el prestigio del Yard.

—Haré lo que pueda, inspector —prometió Stuart Gleason prudentemente.

CAPÍTULO III

Después de pasar Kings Lynn, el «Austin» que conducía Gleason se adentró por una carretera que seguía en dirección este, serpenteando entre una serie de colinas muy bajas, de cimas redondeadas, ninguna de las cuales alcanzaba los cien metros de altitud. Sus laderas eran tan suaves que en muchas ocasiones se confundían con la planicie circundante.

El panorama era agradable merced al buen tiempo. Gleason cruzaba por el Fenland, el país de los pantanos, y a su izquierda, hacia el norte, se divisaban algunos bosques sombríos, de cuyo interior salía, a veces, algún vivo destello, procedente del reflejo del sol en las aguas estancadas. En un lugar semejante había perecido años atrás Frank Weldon... o simulado su muerte, según parecía.

El camino era angosto y no demasiado bien cuidado, por lo que la velocidad no podía ser muy grande. Gleason calculó que tardaría cuarenta minutos largos en recorrer las quince millas que había entre Kings Lynn y Gwinster. Por otra parte, tampoco tenía prisa; había cubierto el horario, de acuerdo con lo calculado y para solucionar aquel asunto, disponía de todo el tiempo necesario.

A derecha e izquierda del camino y durante la mayor parte del tiempo, había una larga cerca de piedra grisácea. Gleason supuso que habría sido obtenida de alguna de las colinas de grava que caracterizaban aquella región, en varias de las cuales se veía la descarnadura propia de las excavaciones, resaltando contra el tono verdoso general del césped que cubría su mayor parte. De cuando en cuando, un solitario árbol, roble u olmo, tendía sus ramas hacia el sur, en una postura que parecía de súplica llena de patetismo, forzada la inclinación por el continuo influjo de los vientos que llegaban hasta allí, procedentes del Mar del Norte, a través del golfo del Wash primero y de la llanura de Fenland después. Gleason pensó que el paisaje, en invierno, tenía que ser deprimente.

Remontó una pequeña pendiente. Ya sólo faltaban unas cuantas millas para llegar a su destino. Se preguntó si sabría dar con el autor del anónimo. Evidentemente, tenía que ser alguien que conocía muy bien a Weldon, cuando había sabido reconocerle, a pesar del disfraz que ahora usaba seguramente y de los quince años transcurridos. Tal vez, opinó, se trataba de un chantaje desatendido y, en venganza, el sujeto había enviado el anónimo al sargento McFadden.

De pronto, al doblar una curva, divisó a una muchacha parada junto a la cerca. Había una bicicleta apoyada en el muro de piedra y la chica, a lo que parecía, estaba luchando con la bomba de aire y un neumático.

Gleason frenó su coche.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —se ofreció amablemente.

Ella se incorporó y le miró. Era una muchacha de veintidós a veintitrés años, de estatura regular y semblante agradable: cabellos muy negros y ojos vivos y expresivos. Vestía un *pullover* azul claro y unos pantalones negros, muy ajustados a su esbelta figura ambas prendas. El conjunto, en general, era agradable de contemplar.

—Muchas gracias, señor —respondió ella—. Tuve un pinchazo y me vi obligada a detenerme para repararlo. Ahora me disponía a llenar de aire la cámara.

Gleason abrió la portezuela y se apeó.

—Permítame, señorita —dijo, tomándole la bomba—. Me llamo Stuart Gleason. —Y añadió—: Empleado, de Londres, en vacaciones y con una cámara fotográfica para satisfacer mi afición.

—Edna Cormyn —se presentó ella—. Resido temporalmente en Gwinster, en Heeney House. Aunque no soy la dueña de la casa, si va algún día por allí sería siempre bien recibido.

Gleason aguzó el oído al oír el nombre de Heeney House, aunque no hizo ningún comentario al respecto. Con cuatro golpes bien dados estableció de nuevo la presión en el neumático, cerró la válvula y devolvió la bomba a su sitio.

—Listo, señorita Cormyn —sonrió—. Sí, tal vez vaya algún día por Heeney House. El nombre me sugiere la idea de una mansión campestre, ¿no?

—En cierto modo —admitió Edna—. Está al otro lado de Gwinster, a dos millas escasas. Hoy no tenía nada que hacer y no

me gusta enmohecerme: por eso salí a dar un paseo. Soy la secretaria del doctor Antserp, actual ocupante de Heeney House —explicó.

—¿Médico? —preguntó él con moderada curiosidad.

—Químico. Es investigador —respondió ella—. Yo lomo apuntes de sus experiencias y luego los pongo en limpio, para que él y su ayudante, el doctor Clayton, puedan consultarlos cuando les conviene.

De nuevo la misma situación de quince años atrás. Dos científicos, una mujer joven y bonita —claro que Edna tenía diez años menos que la señora Weldon, pero esto importaba poco—. ¿Acaso se iba a repetir de nuevo la tragedia?

«Tonterías —pensó—. Ella es soltera y...»

—Bien —se despidió de la muchacha—. Quizá tenga en cuenta su invitación, señorita Cormyn. Me siento muy complacido de haber podido ayudarla.

—Yo le quedo muy reconocida por esa ayuda, señor Gleason. —Edna le tendió una mano blanca, fina y fuerte—. Hasta la vista.

—Adiós.

Gleason montó en el «Austin» y lo puso en marcha nuevamente. En medio de todo, era una suerte haber entrado en contacto de buenas a primeras con uno de los habitantes de Heeney House. Sería cosa de cultivar la amistad con Edna Cormyn a fin de tener acceso a la casa y poder hacer alguna exploración sobre el terreno.

Tres millas más adelante avistó Gwinster.

La aldea constaba casi exclusivamente de una calle central, por dónde pasaba el camino. La mayoría de las casas eran de un solo piso, con tejado muy inclinado, a dos aguas, de pizarra o de turba, limpias y bien cuidadas, en general. Rodó a poca velocidad, treinta kilómetros a la hora, cuando más y de pronto, vio un hombre vestido con un uniforme azul y botones de plata.

Eligió el blanco y se preparó para el choque. Un segundo más tarde, el «Austin» se estrellaba con gran estruendo contra la esquina de una casa.

Al oír el ruido del choque, el policía se volvió. Vio lo que había sucedido y echó a correr hacia el auto. Gleason sallaba al suelo en aquel momento, oprimiéndose la frente con un pañuelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el agente.

—Lo siento mucho —contestó el joven—. No sé cómo se me pudo ir la mano con el volante...

Acudían algunas personas precipitadamente. Otras, miraban desde la ventana.

El agente era un muchacho, de la misma edad, aproximadamente, que Gleason. Le miró con aire reticente.

—Su permiso de conducir, señor —rogó cortésmente.

Gleason se hurgó en los bolsillos. Fingió consternación.

—Temo... —dijo.

Miró al guardia un instante. Éste adoptó una actitud de firme condescendencia.

—¿Y bien, señor? —dijo.

Gleason se asomó dentro del auto y hurgó en el compartimiento de los guantes y en la bolsa interior de la portezuela. Luego volvió a erguirse y miró de nuevo al agente con expresión desolada.

—Es incomprensible. Esta mañana, cuando salí de Londres, creí tenerlo encima...

Un hombre se les acercó. Su gesto distaba mucho de ser amable.

—Este choque ha arruinado la esquina de mi casa —rezongó.

—Arreglaremos eso... —empezó a decir Gleason, pero se calló enseguida, cuando el agente le interrumpió secamente:

—En efecto, lo arreglaremos, pero en la comisaría. ¿Tendrá la bondad de acompañarme, señor, a fin de que pueda justificarse debidamente? Señor McDonald —se dirigió al perjudicado—, tenga la seguridad de que todos los desperfectos le serán abonados puntualmente. Mientras tanto, ¿querrá avisar a Andy Grynne que venga a retirar el auto de este caballero? Gracias, señor McDonald. Por aquí, señor —se dirigió al joven, abriéndole paso entre el círculo de curiosos, principalmente mujeres, que se habían reunido para presenciar lo sucedido.

—No fallaría más, agente —contestó el joven urbanamente.

El guardia le condujo hasta una casa situada a cien metros más abajo, un poco más allá de una posada de detonante título: *The Royal Eagle* (El Águila Real). Unos momentos después, Gleason estaba en el interior de la comisaría de Gwinster.

—Tendrá que esperar a que venga el sargento McFadden —manifestó el agente—. Entretanto, créame que lo siento mucho, pero no me queda otro remedio que encerrarlo.

—Oh, claro: usted cumple con su obligación.

Las celdas de la cárcel local —sólo había dos—, estaban limpias y bien cuidadas al menos, pensó. El edificio era de piedra y los barrotes demasiado gruesos. Un encierro sólido, indudablemente.

Había un lavabo y Gleason se refrescó un poco la cara. El golpe de la frente no tenía nada de fingido. Luego, sacó un cigarrillo, le prendió fuego y se tendió en el camastro.

Bien, se dijo, ya estaba en Gwinster. Ahora era preciso averiguar si el anónimo contenía la verdad o se trataba de algún bromista que quería divertirse a costa del jefe de la policía local. También podía darse semejante posibilidad; no había por qué desdeñarla. O bien era un maniático, que había querido gozar viendo como la aldea era invadida por una turba de hombres del Yard, revolviendo todas las esquinas y levantando piedra tras piedra. A veces, salía un tipo de éstos en una aldea donde las distracciones eran más bien escasas, quien había recurrido a «desenterrar» un suceso acaecido tres lustros antes, con el fin de darle un poco más de aliciente a su monótona existencia.

Una hora más tarde oyó ruido de cerrojos. Se incorporó, casi al mismo tiempo que un hombre de unos sesenta años aparecía al otro lado de la reja, con unas llaves en la mano.

Era el sargento McFadden, no cabía la menor duda. Gleason se puso en pie.

—Salga —dijo el sargento.

Gleason fue conducido a la oficina. McFadden le indicó una silla.

—Soy el sargento McFadden, jefe de la policía de Gwinster —se presentó el hombre—. No somos muchos —añadió, a guisa de excusa— el agente que le detuvo y yo, pero ello no obsta para que hagamos cumplir la Ley. Según tengo entendido, carece usted del permiso de conducción.

Gleason sonrió.

—Lo hice adrede, sargento. Quería hablar con usted, de forma que no se suscitaran sospechas entre la gente que pudiera vernos eventualmente. De este modo, nuestra entrevista parecerá muy natural. —El joven sacó su documentación y se la tendió a McFadden—. Detective Stuart Gleason, de Scotland Yard.

Los ojos del sargento se dilataron por el asombro. Leyó las credenciales del joven y luego se las devolvió, junto con una

sonrisa.

—Ha sido una buena idea, en efecto —convino—. Claro que el dueño de la casa no opinaría igual, si lo supiera, pero me imagino que el seguro cubrirá los desperfectos. Bien, señor Gleason, ¿qué es lo que quiere usted saber?

—Respecto a las muertes que se cometieron en Heeney House hace quince años, todo —respondió el joven con firmeza.

CAPÍTULO IV

Gleason escuchó sin pestañear la exhaustiva relación que el sargento le hizo de los sucesos ocurridos en Heeney House quince años atrás. Cuando terminó, le preguntó:

—En su opinión, ¿pudo Weldon haberles engañado fingiendo el suicidio?

—¿Por qué no? —admitió McFadden llanamente—. Lo que sucede es que a nadie se le ocurrió semejante posibilidad en aquellos momentos. Comprenda; yo soy solamente un policía local y no son muchas las muertes violentas que se producen en Gwinster; sobre todo, en semejantes circunstancias. Para nosotros resultó sumamente lógico que el doctor Weldon, enloquecido por lo que había hecho, huyese despavorido de la casa y, bien inconscientemente o con plena deliberación, fuese a dar en plena ciénaga.

—Un método un poco raro ese del suicidio, sumergirse en una ciénaga —comentó el joven—. Al suicida, por regla general, le gusta terminar cuanto antes.

—Entonces, es que se metió de lleno y ya no pudo salir. Pero las huellas terminaban en el borde justo de la ciénaga. ¿Cómo se nos iba a ocurrir entonces a nosotros que el doctor Weldon había intentado solamente hacernos creer en su muerte para huir del castigo que le esperaba?

—¿Qué aspecto tenía el doctor Weldon? —preguntó el joven.

—Era de unos cuarenta años, buena estatura, ancho de hombros, no mal parecido, ojos negros y pelo también muy negro. A mí me parecía un hombre muy inteligente. Su esposa, la pobre señora Weldon, era muy hermosa y muy buena.

—Es raro que nadie viese lo sucedido en Heeney House aquella noche. ¿Es que no tenían nadie que cuidase de la casa?

—La señora Weldon se encargaba de lo referente a las comidas

—respondió el sargento—. Para las labores más duras de limpieza y demás, tenían una muchacha que llegaba a las ocho de la mañana y se volvía a las tres o las cuatro de la tarde, dejándoles solos a los tres, después de haber terminado su trabajo.

—Comprendo —dijo el joven pensativo—. El magistrado local, ¿fue también de su misma opinión?

—Sí, pero ya no podrá hablar usted con él. Murió hace cuatro años.

—Creo que fue un chiquillo el que encontró los cadáveres.

—Cierto —McFadden sonrió—. Jamie McPeel, precisamente el mismo que le ha detenido a usted. Entonces era yo el único policía de la aldea: ahora, el municipio decidió ponerme un ayudante y conferirme al mismo tiempo el grado de sargento. Si quiere hablar con Jamie...

Gleason levantó la mano.

—No. Es preferible que, por ahora, nadie más que usted y yo sepamos que pertenezco al Yard. Claro que no hay motivos para desconfiar del muchacho, pero así eliminamos posible riesgos; en todo caso, ya le hablaría más adelante. Ah, a propósito; si le preguntasen algo acerca de mí, diga que estoy de vacaciones y soy aficionado a la fotografía.

—Entiendo —contestó el sargento.

—Dígame, señor McFadden —siguió el joven—. En su opinión, ¿fue motivado el crimen por los celos?

—Aparentemente, sí. Eso me chocó mucho; en lo poco que había conocido a la señora Weldon, me había parecido siempre una dama de todas virtudes. Pero, ya se sabe...

Gleason movió la cabeza afirmativamente.

—Usted recibió el anónimo que envió luego al Yard. ¿Cree sinceramente en la posibilidad de que haya vuelto el asesino?

—No sé qué decir. Si la ciénaga lo permitiese, se podía probar a realizar un sondeo; al menos, los huesos saldrían, si es que Weldon se ahogó allí realmente.

—En su opinión, ¿quién puede tener un motivo de resentimiento contra Weldon?

—Nadie, creo —respondió el sargento enfáticamente—. Weldon salía muy poco de la casa. Si hubiera sido el otro, Foulham; tenía mal carácter, era pendenciero, déspota, exasperaba a cualquiera...

Pero murió asesinado por el otro, cuando fueron sorprendidos él y la señora Weldon en... bueno, imagínesele usted, señor Gleason.

El joven movió la cabeza.

—En todo caso, es decir, suponiendo que Weldon hubiese vuelto a Gwinster, ¿dónde podría estar en estos momentos?

McFadden le enseñó las palmas de las manos.

—En la aldea, no, desde luego; lo sabríamos enseguida. Hace más de cuatro meses que no ha llegado ningún forastero, al menos con ánimo de establecerse por un tiempo más o menos largo.

—Es bien raro —murmuró el joven, pensativo—. Bueno, haré aparecer el permiso de conducción y «pagaré» la multa correspondiente. ¿Dónde puedo recoger el coche?

—Andy Gryn timer tiene un garaje y taller a ciento cincuenta metros de aquí, en dirección a la salida de la aldea... la entrada, para usted. Jamie ordenó que lo llevaran allí para su reparación. Mientras dura su estancia en Gwinster, usted puede hospedarse en la posada; la señora Loonigan guisa bastante bien.

El joven se puso en pie, sonriendo.

—Gracias, sargento. Si supiera algo, no deje de comunicármelo.

—En tono de buen humor, añadió—: Supongo que habrá una hora al día en que usted se despoje del uniforme y podamos tomar una jarra de cerveza juntos en el bar de la posada.

—Desde luego —convino McFadden con una sonrisa—. Ya nos veremos, señor Gleason.

El joven se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia el policía.

—Me encontré cuando llegaba con una muchacha que dijo trabajaba en Heeney House. ¿Qué sabe usted de sus actuales habitantes?

—Bien —respondió McFadden cautelosamente—, son dos científicos, los doctores Antserp y Clayton, su ayudante. Realizan investigaciones químicas, creo, pero no me pregunte más. Tienen cocinera y doncella, aparte de la chica que usted mencionó, que es la secretaria.

—¿Cuánto tiempo llevan en Heeney House?

—Cuatro meses bien cumplidos.

—Tal vez alguno de esos dos sea Weldon, ¿no cree?

—¡Imposible! —negó McFadden con seguridad.

—¿Por qué? ¿Tanto ha podido cambiar en quince años?

—Antserp y Clayton vinieron recomendados en persona por el jefe de la policía de Edimburgo, gran amigo, a su vez, del rector de la Universidad. Me parece a mí que esos dos personajes no recomendarían a un criminal, ¿no le parece?

—Sí, pudiera ser —admitió el joven ambigüamente. Pero, en su interior, estimó que los argumentos del sargento no tenían demasiada consistencia. Sin embargo, no se lo quiso decir y dibujó una sonrisa de cortesía—. Ha sido usted muy amable, señor McFadden. Hasta la vista.

—Hasta luego, señor Gleason.

El joven abandonó la comisaría. Minutos después, encontraba el taller.

Su coche estaba en el garaje. Había señales de que se había iniciado la reparación, pero no vio a nadie en el local.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién hay por ahí?

Una puerta se abrió al fondo y una mujer asomó por ella.

—¡Diga! —contestó.

Gleason avanzó hacia la mujer, la cual, a su vez, salió a su encuentro. El joven la observó rápidamente; tenía unos treinta y siete años y estaba magníficamente conservada. Era de cuerpo opulento, cuyas curvas resaltaban a cada movimiento que hacía, merced a lo ajustado del vestido que la cubría. Tenía el cabello intensamente rojo, los ojos muy verdes, y sus labios, gruesos, pulposos, estaban distendidos en una sonrisa un tanto incitante. El amplio escote del vestido permitía ver el nacimiento de un seno de generosos contornos. Aunque por un lado era hermosa y atractiva, Gleason sintió al instante una cierta antipatía hacia ella, si bien se abstuvo de mostrarla externamente.

—Soy el propietario de este coche, señora —dijo, calculando que debía estar casada—. Mi nombre es Stuart Gleason.

—Clara Grynne —se presentó ella, apoyándose indolentemente en el auto, a la vez que cruzaba los brazos bajo el exuberante pecho—. Andy es el mecánico, mi esposo, y ha salido un momento. No creo que tarde mucho en llegar. ¿Quería usted algo de él, señor Gleason?

—No. Únicamente hablar respecto a los desperfectos del auto y decirle que no tenga prisa. Estoy de vacaciones y pienso pasar unos días en Gwinster. —Gleason sonrió—. Soy aficionado a la fotografía

y he podido darme cuenta de que hay unos alrededores maravillosos.

—Todo depende de los ojos con que se mira el paisaje —replicó la mujer—. A mí me parece horrible. Claro que —añadió con otra sonrisa—, llevo aquí desde que nací y eso hace ver las cosas desde un ángulo muy distinto. Para un forastero, tal vez, en efecto, tenga el paisaje cierto atractivo.

—Así es, señora. Y ahora, si me lo permite, sacaré el equipaje y...

Una voz áspera interrumpió de repente sus palabras.

—¡Clara!

La mujer descruzó sus brazos y se irguió. Gleason se volvió, viendo a un sujeto de unos cuarenta años, delgado, alto, malcarado, vestido con ropas azul de faena, que avanzaba hacia ellos, con un gesto de disgusto en la cara.

—Te he dicho mil veces que no hables con desconocidos —rezongó el individuo de mal talante.

Clara Grynne se encogió de hombros.

—Lo mismo podría decir yo de ti respecto de tus frecuentes visitas a la taberna —contestó agriamente, sin dejarse inmutar por el tono áspero del sujeto—. Señor Gleason, tengo el gusto de presentarle a Andy, mi esposo. Andy, éste es el señor Gleason, propietario del auto accidentado.

Grynne le miró de arriba a abajo.

—¡Vaya! ¡Parece que le soltaron demasiado pronto! —exclamó.

—Tenía el permiso de conducción en el sitio menos sospechado —contestó el joven amablemente—. Aboné una multa y eso fue todo. ¿Cuánto tardará usted en dejarme el coche listo?

—Tengo otros trabajos —respondió Grynne—. Si quiere seguir enseguida, tendrá que pagar el doble de la tarifa.

—El señor Gleason se quedará unos días en Gwinster —intervino Clara—. No tiene mucha prisa, por tanto, así que pagará sólo la tarifa normal.

Grynne miró a su esposa con ira.

—Pronto te has enterado de la vida y milagros del señor Gleason —rezongó—. Ve adentro inmediatamente.

Una chispa de cólera apareció en los ojos de la mujer. Su opulento pecho se agitó tempestuosamente durante unos segundos.

A Gleason le pareció que iba a arañar a su esposo, pero al fin, conteniéndose, le dirigió una sonrisa forzada.

—He tenido mucho gusto, señor Gleason.

—Encantado, señora —contestó el joven.

Clara se alejó rápidamente, con gran contoneo de sus protuberantes caderas, pero el joven se dio cuenta esta vez de que no hacía ostentación de sus gracias corporales, sino que era la ira la que le hacía moverse en exceso al caminar rápidamente.

Volvió la vista hacia el mecánico.

—Dentro de dos días —repitió Gryn hoscamente—. Muy bien —respondió el joven con una sonrisa—. Volveré entonces.

Sacó el equipaje y se dirigió hacia la posada.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente el tiempo seguía siendo bueno. Gleason se colgó del hombro una bolsa con los prismáticos y la cámara fotográfica, con sus aditamentos de filtros y fotómetros, así como un trípode. Pertrechado de esta guisa, se dispuso a salir.

La dueña de la posada se cruzó en su camino.

—¿Va a sacar fotografías, señor Gleason? —preguntó.

—Así es, señora Loonigan —contestó el joven cortésmente—. Los alrededores de Gwinster son muy hermosos y el día es muy claro.

—Yo diría todo lo contrario, me refiero al contorno —respondió la posadera—. De todas formas, tenga cuidado con la ciénaga que hay al otro lado de Heeney House. Si se mete en el pantano, ya no podrá salir.

—¡Caramba! No sabía que aquí hubiese zonas semejantes —exclamó el joven, fingiendo admiración—. ¿Tan peligrosa es esa ciénaga?

—Hace quince años se ahogó un hombre, el doctor Weldon. Dios le haya perdonado, pero es lo mejor que pudo pasarle. Acababa de matar a su esposa y a un amigo suyo.

—¡Qué horror! —Se estremeció Gleason—. ¿Por celos?

—Eso parece. Los encontró juntos y... Fue algo horrible, créame. Además, cometió con los cuerpos un ultraje espantoso: los regó con ácido y, de no haber sido por las ropas, nadie les hubiese reconocido.

—¿Le echó ácido y las ropas quedaron indemnes? —se extrañó el joven.

—Bueno, sólo fue la mitad superior del cuerpo. El resto quedó intacto. Pero fue suficiente para identificarlos.

—Entiendo —murmuró el joven pensativamente. ¿Por qué había cometido Weldon aquel ultraje con los cadáveres? Parecía la obra

de un sádico... pero un sádico hubiese arrojado ácido sobre todo el cuerpo y no sobre la mitad superior. Y si había querido ocultar las pruebas de su crimen, por qué no pegar fuego a la casa—. Un suceso terrible —comentó.

La señora Loonigan se estremeció.

—Todavía se comenta en Gwinster. Las personas de edad, claro; las más jóvenes, están curadas ya de espanto. ¡Se ven y se oyen tantas cosas hoy día!

—Así que Weldon mató a su esposa y al otro y luego se ahogó en la ciénaga —dijo el joven.

—Eso fue lo que ocurrió. —La señora Loonigan hizo un gesto de repugnancia—. Heeney House no fue nunca un edificio particularmente atractivo; su constructor lo hizo todo lo peor que pudo. No sé cómo hay gente hoy día con suficiente humor para habitarlo.

—Ah, está habitada la casa.

—Sí, unos científicos chiflados... Los otros también lo eran y también había una mujer joven y bonita, como ahora. ¡Curiosa coincidencia! ¿No le parece?

El joven opinó que sí, añadió un par de comentarios intrascendentes y, luego, tras despedirse de la posadera, salió a la calle.

Pasó por delante del taller. La casa era de planta y piso. Asomada a la ventana del piso superior, divisó a Clara Gryn. Estaba regando unas macetas que tenía en el alféizar de la ventana.

La joven le miró. Gleason no pudo captar la expresión de su mirada, porque tenía los ojos escondidos tras unas grandes gafas negras. Ella, sin embargo, le dirigió una sonrisa amistosa, a la cual contestó Gleason, destocándose cortésmente.

«Gafas negras, ojo morado», sentenció. Y se dijo que la vida al lado de Andy Gryn no debía ser una delicia, ciertamente.

Salió de la aldea y caminó a lo largo del sendero, cuyos bordes estaban enmarcados alternativamente, aunque con cierta irregularidad, por piedras y setos. Había algunas casas aisladas, cuya separación fue haciéndose mayor a medida que avanzaba, hasta que, a una milla de la aldea, se encontró en un terreno completamente solitario.

Al remontar una ligera pendiente, divisó a tres cuartos de milla

una casa solitaria, en medio de una llanura cubierta parcialmente de césped. Al otro lado, como a trescientos metros, vio un pequeño bosque, con los árboles muy espaciados y entre los cuales crecían las cañas y las plantas acuáticas en abundancia. De cuando en cuando veía brillar el agua entre los hierbajos. Aquella debía ser la ciénaga donde se había ahogado Weldon después de matar a su esposa y a Foulham.

La casa, tenía razón la posadera, era más bien desagradable de aspecto. Sus paredes eran oscuras y el techo de pizarra no mejoraba la impresión. Sin embargo, era bastante grande y, con algunos retoques al exterior, su aspecto hubiese mejorado considerablemente.

Una delgada columna de humo subía al cielo desde la chimenea. Gleason siguió caminando, mientras pensaba en el misterioso suceso que se había producido quince años atrás. Lo que más le preocupaba era la destrucción parcial de los cadáveres por medio del ácido. ¿Por qué había cometido Weldon una injuria semejante con los muertos?

Weldon era un hombre inteligente. Si había querido dar la sensación de que se había ahogado en la ciénaga, resultaba ilógico que hubiese perdido tanto tiempo en cometer aquel hecho repugnante con los cuerpos de Foulham y de su esposa, después de muertos. Lo lógico era salir corriendo —o aparentarlo—, y dirigirse a toda velocidad hacia el pantano, a fin de aumentar la sensación de que había huido enloquecido, aterrorizado de sí mismo por los asesinatos cometidos. Pero nunca entretenerse tanto tiempo en desfigurar los cadáveres. La acción del ácido, se dijo, no es tan rápida como parece y ello le tuvo que entretener bastante tiempo.

Tal vez alguien le interrumpió en su macabra tarea y se vio obligado a salir a escape. Jamie no había sido, puesto que el muchacho había llegado a las siete de la mañana y la terrible obra se había consumado ya. Tenía que haber sido alguna persona que hubiese acudido a Heeney House con algún motivo bien definido y con la suficiente fuerza como para hacerle acudir antes de la madrugada. Pero Gleason no alcanzaba a desvelar el motivo de la supuesta persona que había interrumpido al asesino a mitad de su espeluznante trabajo, obligándole a salir huyendo. ¿Dinero? Los dos científicos no parecían poseer el suficiente para atender a un

chantaje. Entonces, ¿tal vez había sido una mujer y el motivo de la cita era amoroso?

Pero, en tal caso, Weldon no habría corrido nunca hacia el pantano, puesto que, en medio de todo, conservaba suficiente serenidad como para conocer bien el camino y no zambullirse de cabeza en la ciénaga. Era un lío horrible, decidió.

De repente, se le ocurrió una posibilidad que le dejó sin aliento.

¿Y si el asesino no había sido Weldon, sino Foulham?

Los cuerpos, en su mitad superior, estaban corroídos por el ácido e irreconocibles, por tanto. Si se habían identificado, se debía a las ropas de la parte inferior que habían quedado intactas. Pero ¿qué más fácil para un asesino que cambiar de ropas con su víctima?

Entonces, Foulham había simulado su muerte en la ciénaga y luego se había dado a la fuga. Y ahora, al cabo de quince años, estaba de nuevo en Heeney House. ¿Por qué? ¿Qué motivos tan poderosos habían impulsado —fuese Foulham, fuese Weldon—, al asesino a regresar al teatro de su crimen?

Tendría que averiguarlo. Y cuando lo supiese, habría dado un gran paso en sus investigaciones.

Regresaba a la aldea, después de haber tirado unas cuantas placas, cuando vio venir a Edna Cormyn, pedaleando en su bicicleta. La muchacha llevaba atada en la parte trasera una cesta, lo cual le dijo que en esta ocasión Edna no se había desplazado por motivos gimnásticos.

Edna se paró delante de él, dirigiéndole una brillante sonrisa.

—¿Cómo está, señor Gleason? —saludó, amablemente.

—Encantado de verla a usted, señorita Cormyn —respondió el joven—. ¿Ha ido bien el paseo en bicicleta?

—Hoy no ha sido por hacer ejercicio. Tuve que adquirir algunas cosas en la aldea y... ¿Qué tal sus fotografías?

—Aún no puedo asegurar nada. He tomado unas cuantas placas, pero acostumbro a no revelarlas hasta que vuelvo a Londres. Los laboratorios ajenos, por buenos que sean, siempre me inspiran cierta desconfianza; prefiero hacerlo yo personalmente en mi casa. —Y en esto no mentía el joven.

—Celebro que haya podido conseguir sus objetivos. ¿Ha tomado alguna fotografía de la casa? A mí me parece que podría obtenerse una buena composición; tiene un aspecto muy peculiar, está aislada

en la llanura y posee la suficiente antigüedad como para hacerla personaje principal de una placa.

—Sí, lo he visto —convino él—. Pero, sin ánimo de ofenderla, la apariencia es un poco tétrica. —Edna movió la cabeza afirmativamente, mientras él seguía hablando—: Estoy esperando a que haya en el cielo unas nubes de aspecto tempestuoso, grises, plomizas, y que incluso sople el viento para mover las ramas de los árboles que rodean la casa. Ahora hay demasiado resplandor y parece una casa enteramente normal.

Edna rió agradablemente.

—Vamos, usted lo que quiere es sacar una fotografía de la casa de Drácula. Sangre, crímenes y...

La risa de la muchacha se extinguió de pronto.

—Perdón —dijo Gleason cortésmente—, ¿le ocurre algo?

El rostro de Edna aparecía completamente demudado.

—Olvidaba que hace quince años murieron tres personas violentamente en Heeney House. Estaba echando a broma algo que había sucedido realmente y ello me ha impresionado un tanto —balbuceó—. Discúlpeme usted, señor Gleason.

—No faltaría más —accedió él, extrañado porque le parecía que la muchacha había sufrido una impresión mayor de lo que hubiera sido aceptable esperar—. Sí, he oído algo en la aldea, pero eso ocurrió hace quince años; no hay motivos ya para sentir aprensiones ni mucho menos para caer en el estado ridículo de quienes creen en la aparición de sus fantasmas.

—No... claro que no... —dijo ella, con voz vacilante. Sus manos estaban aferradas fuertemente al manillar de la bicicleta—. Excúseme, señor Gleason; se me está haciendo demasiado tarde.

El joven se quitó el sombrero.

—Buenos días, señorita —saludó, cuando ella daba ya las primeras pedaladas.

Cuando regresó a la aldea, pasó por delante de la comisaría. McFadden y Jamie McPeel charlaban tranquilamente en la puerta. El viejo sargento le dirigió una mirada rápida. Gleason quería hablar con él, pero no sabía cómo hacerlo sin llamar la atención. De pronto se fijó en que McFadden no llevaba puesto el uniforme. Tal vez era su día de fiesta.

Regresó a la posada y dejó sus cosas en su habitación. Luego

bajó al bar que había en la planta baja y pidió una cerveza, situado deliberadamente lo más alejado posible de la ventana.

McFadden llegó un cuarto de hora después. La posadera salió para atenderle, pero entonces el joven agitó la mano.

—Señora Loonigan —exclamó—, por las ropas del buen sargento McFadden, deduzco que no está de servicio. Sírvale una cerveza por mi cuenta. Es decir, si me la acepta usted, sargento.

—Encantado y agradecido, señor Gleason —sonrió el policía.

La posadera llenó la jarra. Habló unos momentos con McFadden y luego se retiró al interior de la casa.

Entonces, el sargento asió la jarra y se dirigió a la mesa que ocupaba el joven.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó, devorado por la curiosidad.

—He estado pensando mucho en lo que ocurrió hace quince años —respondió el joven en tono reflexivo—. La mujer, es decir, la señora Weldon, era fácilmente identificable por las ropas propias de su sexo; pero el hombre... Se sabe que eran las ropas de Weldon. Ahora bien, ¿no se le ha ocurrido a usted que muy bien pudo suceder que no fuese Weldon el asesino, sino Foulham? Recuerde que los cuerpos estaban corroídos de la cintura para arriba; ni siquiera se pudo obtener las huellas dactilares, porque las manos también quedaron quemadas por el ácido. ¿No le hace esto suponer que, si fue Foulham, quiso hacerse pasar por Weldon, habiendo sido él quien asesinó a los dos esposos?

Los ojos del viejo policía se dilataron desmesuradamente.

—¡Cielos! —murmuró—. ¡No se me había ocurrido semejante posibilidad! Todos nos obstinamos en que había sido Weldon, de tal manera, que ya no se nos alcanzó a pensar en otra solución distinta.

Gleason asintió. Sí, a veces pasan cosas semejantes. Uno se empecina en que un hecho determinado se ha producido de determinada manera y esa obstinación alcanza tanta intensidad, que le impide ver las demás soluciones posibles.

—A mí me parece —siguió el joven—, que tal vez el asesino —dejemos a un lado ahora si fue Weldon o Foulham—, pudo ser interrumpido en su tarea. No es seguro, repito. En tal caso, ¿quién pudo interrumpirle, puesto que no terminó de destruir los cuerpos? ¿No cabe la posibilidad de algún enredo amoroso, señor McFadden?

El sargento meneó lentamente la cabeza.

—Por lo que yo sé, no; aunque no excluyo tal posibilidad. Sin embargo, mejor que yo podría decírselo la muchacha que hacía las faenas caseras y que tuvo muchas ocasiones de poder observar a los habitantes de Heeney House.

Gleason recordó que, en efecto, había habido una mujer que ayudaba a la señora Weldon en las tareas domésticas, pero que no pernoctaba nunca en la casa.

—¿Quién era? —preguntó—. ¿Está aquí, en Gwinster?

—Claro que sí —respondió McFadden—. Se trata de Clara Rinelt... hoy Clara Gryn.

CAPÍTULO VI

Sentado ante la mesa, Stuart Gleason apuraba su última jarra de cerveza antes de retirarse a descansar. Mientras sorbía el líquido fumaba un cigarrillo y hacía funcionar su imaginación activamente.

Ahora, a la luz de las declaraciones de McFadden, había algunos puntos que se le aparecían mucho más claros que a su llegada la víspera. Por ejemplo, ya no le cabía la menor duda de que Clara Grynne había sido la autora del anónimo. Ella conocía sobradamente al asesino... que ahora estaba de nuevo en Heeney House. ¿Por qué lo había denunciado?

No estaba en condiciones de afirmarlo, aunque se suponía que, muy posiblemente, los celos tenían que ver mucho con el asunto. En lo poco que había podido conocer a Clara, se había dado cuenta de la clase de mujer que era. Casi podía dar por seguro que en tiempos había existido un romance entre ella y... ¿Foulham? ¿Weldon? Sería preciso tantearla con cuidado, claro que en ausencia de su colérico marido: no tenía ganas de que le cerrasen un ojo, acción que parecía ser la favorita de Andy Grynne.

Además, el sargento le había facilitado también otro detalle que, si por un lado confirmaba sus suposiciones, por otro le dejaba sumido en dudas acerca de la identidad del asesino. «Vistos de espaldas, podrían pasar el uno por el otro», había dicho McFadden, refiriéndose a Foulham y Weldon. De frente no, claro; la confusión resultaba imposible. Pero ello justificaba el uso del ácido. Si había sido Foulham el asesino, había tratado de achacar el hecho a Weldon, fingiendo su muerte a continuación para poder desaparecer sin ser molestado.

Fuese quien fuese, el enigma principal, por encima de todos los demás, era, para Gleason, la vuelta del asesino. ¿Qué motivos tan poderosos le habían impulsado a regresar a Heeney House? Alguna razón muy fuerte le había hecho volver después de quince años... y

tan bien disfrazado, que McFadden no sabía decirle cuál de los dos era, si Foulham o Weldon. Además, había dos hombres también en la casa, los doctores Antserp y Clayton. Las dudas del sargento proseguían, ya que no era capaz de identificar a estos dos con los protagonistas del suceso ocurrido quince años antes.

Era un condenado lío, masculló a media voz, frotándose la mandíbula con fuerza. Esperaba que tal vez los informes que aquella misma tarde había solicitado telegráficamente al inspector Harrogate acerca de Foulham y Weldon le proporcionasen alguna luz sobre el asunto.

Terminó la cerveza, aplastó el cigarrillo en el cenicero y emprendió la ascensión a su dormitorio, pensando la forma en que le resultaría más conveniente enfrentarse con Clara Gryn timer, sin descubrir su identidad. Quizá la almohada le diese algún buen consejo, suspiró. Era un pobre recurso, pero no veía otro, por el momento.

Llegó a su habitación y se desnudó, poniéndose el pijama. Antes de acostarse, apagó la luz. Entonces se dio cuenta de que por la ventana entraba un violento resplandor lunar.

Se acercó a la ventana, cuyos batientes estaban cerrados, y la abrió a fin de tener aire puro para la noche. Hizo unas cuantas inspiraciones y ya se disponía a retirarse cuando, de pronto, oyó un vivo taconeo por la calle, que era la posterior y trasera a la principal.

Más bien se trataba de una calleja angosta. La curiosidad le hizo asomarse y entonces divisó a una mujer que caminaba precipitadamente en dirección Este.

La silueta de la mujer se le antojó familiar. De pronto, supo de quién se trataba.

Clara Gryn timer pasó por debajo de su ventana, sin verle siquiera. De cuando en cuando, sin embargo, volvía la cabeza atrás, con gesto aprensivo. Gleason se dio cuenta de que Clara temía ser seguida y quería asegurarse de que nadie la veía.

En un segundo tomó el joven su decisión. Sabía el camino que seguía Clara Gryn timer, de modo que, volviendo al centro de la habitación, se vistió rápidamente, tanto que, para no perder tiempo, se puso los pantalones y la chaqueta encima del pijama. Tomó una pequeña pistola que había llevado a prevención y luego, sin más

pérdida de tiempo, sacó una pierna por el alféizar de la ventana y se descolgó a la calle.

Corrió silenciosamente detrás de la mujer, procurando situarse en todo momento en lugares donde no pudiera ser fácilmente visto. No le cabía la menor duda de que iba a reunirse con el asesino. ¿Pensaba recibir el precio de su chantaje?

Salieron de la aldea, el uno detrás de la otra, dirigiéndose hacia Heeney House. Gleason caminó por el lado de afuera de la barda de tapia, que flanqueaba el camino, a fin de contar con un escondite en caso necesario. La silueta de Clara Gryn timer era claramente perceptible a lo lejos, como un punto negro sobre la blancura del camino.

De repente, Clara derivó hacia su izquierda, después de saltar la barda. Gleason, tras unos instantes de vacilación, la siguió también, Heeney House quedaba aún casi a una milla de distancia. ¿A dónde iba la mujer?

Distinguió una pequeña loma, en cuya cima se veían tres o cuatro copudos olmos. La cita se había convenido en aquel lugar, fuera de la casa, por conveniencia del asesino, naturalmente. ¿Con cuál de los dos se iba a entrevistar Clara: con Foulham o con Weldon?

Aquella noche, por lo menos, no podría saberlo. De repente, algo estalló detrás de su cabeza. La noche se hizo día un segundo y luego se volvió más oscura que nunca.

Cuando despertó, tras haber pasado un tiempo que no sabía precisar, se dijo que había sido tan tonto para seguir a una mujer que salía a deshora de su casa, olvidando a un marido celoso, al que no le gustaba que su esposa hablase con desconocidos. Si hubiese recordado aquel detalle, se dijo, mientras se acariciaba la nuca con la mano, torcida la boca en un gesto de amargo dolor, Andy Gryn timer no le habría sorprendido tan fácilmente.

Permaneció unos momentos en aquel lugar, inspirando fuertemente, hasta que el propio frescor de la noche alejó un tanto el violento dolor de su nuca. Entonces, suponiendo que cualquier esfuerzo que hiciera ya, estaba condenado al fracaso, decidió volver a la aldea.

Pero entonces su vista recayó sobre la loma y los árboles, situados a ciento cincuenta metros escasos del lugar en que se hallaba. Pensó que era una tontería no explorar el lugar de la cita,

con la remota esperanza de hallar algún indicio más o menos valioso, y echó a andar hacia allí.

Se felicitó de la idea que había tenido. De este modo, pudo descubrir el cadáver de Andy Gryn, tendido al pie de un olmo y con un cuchillo clavado en el centro de la espalda.

Por la mañana, con toda solemnidad, Luke McFadden fue a casa de los Gryn y detuvo a Clara, acusándola del asesinato de su esposo.

La mujer se quedó tan anonadada, que no opuso la menor resistencia, y se dejó llevar a la cárcel sin dificultad. Los comentarios en la aldea eran incesantes.

Gleason ardía en deseos de interrogar a Clara, pero opinó que era lo mejor dejar que fuese McFadden quien realizase las primeras diligencias. Entretanto, pudo escuchar lo suficiente para saber que nadie sentía demasiado la muerte de Andy, a no ser, como dijo alguien cáusticamente. Ross Liggett, dueño de la otra taberna que había en Gwinster, y de la cual el muerto había sido cliente asiduo. La gente, en general, disculpaba la acción de Clara, aunque comprendían que la justicia había de seguir su curso. Sin embargo, lo que nadie entendía, salvo Gleason, naturalmente, era por qué Gryn había ido a morir bajo los olmos, a una milla de la aldea.

Cerca del mediodía, Gleason vio a Edna en la bicicleta. Un impulso irresistible le hizo salir a su encuentro.

Gleason recordaba aún la extraña transformación que había sufrido el rostro de la muchacha al mencionar los crímenes de Heeney House. Lógicamente, era algo que no la debía haber afectado; Edna debía tener entonces ocho o nueve años, no más; sin embargo, se había demudado enormemente. ¿Era que la muchacha sabía también algo respecto a aquellas misteriosas muertes?

Merecía la pena intentar averiguarlo, aunque con diplomacia, por supuesto.

Edna frenó la bicicleta al verle y apoyó un pie en el suelo, sin soltar el manillar.

—Buenos días —saludó él cortésmente—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —sonrió la muchacha—, aunque impresionada por lo que ha ocurrido esta noche en los olmos.

—Un drama típicamente pasional —comentó Gleason—. Pero no por ello menos desagradable que los de cualquier otro origen.

—Así lo creo yo —convino Edna—. ¿Ha hecho más fotografías? Claramente se veía que quería desviar la cuestión.

—Pues no, hoy no —respondió él—. La verdad, ando un poco desorientado. Me haría falta un guía —sugirió astutamente.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Creo que si se esforzase un poco, podría alquilar una bicicleta. Yo le acompañaría y le enseñaría algunos parajes verdaderamente pintorescos. Mañana, a primera hora de la tarde, por ejemplo.

—Temo que eso sería abusar de su amabilidad —sonrió Gleason.

—En absoluto —contestó la muchacha—. Precisamente he adelantado mucho trabajo estos días y mañana tendré todo el día libre. ¿A las dos?

—Hecho —concordó él, estrechando su mano.

Edna se alejó, pedaleando vigorosamente. Entonces, Gleason, sin vacilar, se dirigió a la comisaría, frente a la cual había estacionados algunos curiosos.

Entró. McFadden le dirigió una mirada cansada.

—Clara dice que no ha sido —habló apenas le vio.

—¿Conoce al asesino?

—Tampoco. Pero ¿quién pudo hacerlo sino ella?

—El puñal estaba clavado hasta la empuñadura. Se ve que fue un golpe fuerte... pero ella no es una muñeca, precisamente.

—En la oscuridad —McFadden meneó la cabeza—. Clara no hubiera sido capaz de asestar un golpe tan certero. El cuchillo fue manejado por alguien conocedor de la anatomía humana. Weldon... o Foulham —concluyó el sargento.

Gleason hubo de convenir en que el viejo policía tenía razón. Además, si Clara hubiese querido matar a su esposo, lo habría hecho antes y en mejores condiciones; incluso en su propio lecho. Era mujer lo suficientemente lista para arañarse la cara, rasgarse las ropas y, en fin, simular que la muerte había acaecido en el curso de una pelea conyugal, con lo que hubiese estado en condiciones de obtener una sentencia exculpatoria, dados los antecedentes de Grynn. Pero nunca hubiese hecho una cosa semejante, dejando el cadáver bajo los olmos, sin procurar destruir las pruebas de su delito.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó.

—Claro —accedió McFadden, con visible alivio.

CAPÍTULO VII

Clara Gryn timer estaba sentada en el borde del camastro, con la cabeza hundida entre las manos, en actitud de completo abatimiento. A un gesto de Gleason, McFadden abrió la puerta de la celda.

El joven pasó al interior, mientras McFadden cerraba a sus espaldas y se alejaba discretamente. Clara Gryn timer levantó la cabeza y le dirigió una turbia mirada.

—Señor Gleason —murmuró.

El joven se sentó al lado de ella. Sacó cigarrillos y le ofreció uno. Clara aceptó, inhalando el humo con avidez al encenderlo.

—Siento lo que le ocurre, señora Gryn timer —dijo Gleason al cabo de unos instantes de silencio—. Pero tal vez yo pueda ayudarla, si usted colabora conmigo, claro.

La mujer le miró con curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Acaso es abogado?

Gleason decidió agarrar por los pelos la ocasión que ella misma le ofrecía.

—Sí. Ya dije que estaba en vacaciones, pero ejerzo en Londres y tengo cierta práctica en los asuntos criminales. Hábleme con toda sinceridad de lo que ocurrió anoche.

—Yo salí de casa, pero no maté a mi marido —dijo Clara en tono obstinado.

—Por supuesto que no. Sin embargo, su situación es muy difícil, crítica, mejor dicho. Todos los indicios apuntan hacia usted.

Clara hizo un gesto de indiferencia.

—Ese viejo botarate me ha encerrado, por demostrar que se gana el sueldo que le pagan. Pero no sabe por dónde se anda, y sólo se le ha ocurrido detenerme a mí, porque sabe que Andy y yo no nos llevábamos muy bien. De modo que piensa que me deshice de él, para librarme de un hombre que me golpeaba en más de una

ocasión.

Clara no llevaba ahora gafas negras y el moretón de su ojo era fácilmente visible.

—El sargento McFadden piensa que la muerte de su esposo tiene relación con las que se cometieron en Heeney House hace quince años —manifestó Gleason.

—Usted conocía a los protagonistas de aquel suceso, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego. Pero se equivoca.

—El sargento McFadden recibió un anónimo, diciendo que el asesino no murió ahogado en la ciénaga, como se supone, sino que ha vuelto a Gwinster. ¿Cuál de los dos que hay en Heeney House es Weldon?

—¡Weldon! —resopló la mujer—. Pero, si Weldon... —Y se cortó de pronto, apretando los labios, como si no quisiera seguir hablando.

—Continúe, señora Gynn —invitó el joven en tono persuasivo—. ¿Qué iba a decir de Weldon? ¿Qué él no era el asesino, sino el asesinado? Eso significaría que fue Foulham el autor de las dos muertes, ¿no es así?

Los ojos de la mujer resplandecieron de un modo singular.

—Es usted demasiado listo, amigo —dijo—. Y no me hará tragar la fábula de que es abogado. A mí no me engaña usted tan fácilmente. Incluso juraría que es un hombre del Yard.

—Soy abogado —insistió Gleason sin demasiada convicción—, y sólo trato de ayudarla a usted. Sea franca, se lo ruego.

Clara tiró el cigarrillo a un rincón, se puso en pie y, apoyándose en la pared, cruzó los brazos bajo el opulento busto.

—Yo no maté a mi esposo, eso es todo.

Su tono indicaba claramente que no quería seguir hablando. Pero Gleason, al fin y al cabo, tenía cierta experiencia en interrogar a criminales.

—Weldon, o Foulham, tanto da por el momento —dijo—, ha vuelto a Heeney House. Usted le reconoció y trató de hacerle objeto de un chantaje, al cual se resistió él. En vista de ello, escribió un anónimo al sargento McFadden.

—No sé nada de eso —contestó ella obstinadamente.

—Hace quince años —Gleason sonrió—, si no fuese por hacer un

chiste, diría que usted tenía quince años menos...; lo cual significa que era entonces una muchacha de veintiuno o veintidós, muy hermosa por cierto, lo mismo que ahora...

—No me adule —gruñó Clara—; eso no sirve.

—Uno de los dos hombres se enamoró de usted; incluso es posible que las cosas llegaran a un límite superior a lo discreto. Como sea, usted tiene que conocerlo bien, por lo que sus excusas en ese sentido no serán creíbles. Ellos tenían entonces alrededor de cuarenta años, una edad madura, pero no próxima a la ancianidad, ni mucho menos, y ambos eran hombres apuestos y atractivos. La tragedia destrozó sus ilusiones... y he aquí que, de repente, a los quince años, uno de los dos vuelve. Usted trata de anudar nuevamente aquellos lazos, sin importarle lo que el hombre haya podido hacer; pero éste se niega. Entonces, le denuncia y...

Clara sonrió desdeñosamente.

—Ahora, explique la muerte de Andy, vamos —dijo con sarcasmo.

—Frustradas sus esperanzas, usted casó años después con Andy, el cual no consiguió hacerle olvidar aquel viejo amor. Anoche usted fue a entrevistarse con «él» bajo los olmos y Andy la siguió. Ya no volvió a Gwinster.

—Todo lo que está diciendo es un absurdo cúmulo de falsedades —protestó Clara—. Salvo lo de la muerte de Andy, y añadiendo, además, que yo no le maté.

—Pues mire usted —convino Gleason plácidamente—, si quiere que le diga la verdad, creo en su inocencia. —Se puso en pie—. Pero también creo que sabe mucho más de lo que aparenta, y, como se niega a hablarme con toda franqueza, no voy a ayudarla yo intercediendo acerca del sargento McFadden para que la ponga en libertad. Volveré dentro de otro rato; tal vez unas horas de encierro la hagan recapacitar y llegue a la conclusión de que contar todo lo que sabe es lo más conveniente para usted.

Lanzó el paquete de tabaco sobre la cama, así como una tira de fósforos y se encaminó hacia la puerta. No estaba muy contento con lo conseguido, pero tampoco había perdido el tiempo totalmente; a fin de cuentas, había logrado averiguar que Clara y uno de los dos hombres —personalmente se inclinaba por Foulham—, habían estado unidos por lazos amorosos en el pasado. Esto comportaba

ineludiblemente un más íntimo conocimiento de las características personales del asesino. Pero Clara no quería delatarlo, aunque no se le alcanzaban del todo los motivos. Sin embargo, no era una mujer tan endurecida como parecía y cuando viese que el asunto iba en serio y que su blanco cuello estaba en peligro por la acción de la ley, terminaría por hablar.

Con tales reflexiones en su magín abandonó la celda. En su oficina, McFadden le preguntó:

—¿Ha averiguado algo?

—Ella y Foulham parece que mantuvieron relaciones amorosas en el pasado —respondió el joven—. Esto corrobora la entrevista nocturna que iban a sostener y que su marido interrumpió, por desgracia para él, claro. Pero no he podido averiguar mucho más.

—Entonces, no comprendo por qué hizo el chantaje a Foulham, es decir, si es Foulham y no Weldon el que está ahora en Heeney House.

Gleason había contado sus sospechas al viejo policía respecto a la identidad del muerto en la casa, de modo que ahora McFadden estaba enterado del nuevo giro que había tomado el asunto.

—Yo tampoco —respondió él, pensativamente. De pronto, se le ocurrió una idea—. Me gustaría registrar la casa de los Grynns. ¿Cómo podría hacerlo sin levantar sospechas?

—El magistrado local me ha confiado las llaves, mientras ella esté encerrada. Yo le acompañaré, con el pretexto de que desea ver cómo ha quedado su coche.

—Es una magnífica idea —aprobó el joven *ipso facto*.

Jaime McPeel estaba en la puerta de la comisaría. El sargento le dijo:

—Jaime, el señor Gleason y yo vamos al taller de Grynns, con objeto de ver qué tal ha quedado su auto. Quédate aquí, mientras tanto.

—Bien, sargento.

Los dos hombres caminaron calle arriba, en medio de la expectación de algunas vecinas curiosas que hacían corros en la calle o se asomaban a las ventanas. Poco después, se detenían ante la puerta del taller.

Gleason abrió con las llaves que le facilitó el sargento. Descorrieron a un lado la gran puerta plegable que cerraba el

acceso al garaje y pasaron a su interior.

A fin de no ser vistos desde afuera. Gleason encendió la luz y cerró de nuevo. Al fondo, un poco a la derecha, divisó una mampara de cristal que separaba el taller de lo que parecía ser oficina.

Se dirigió al escritorio sin titubear. Sentándose delante de la mesa, empezó a registrar cuidadosamente todos los cajones.

Un cuarto de hora después, encontró varias hojas de papel, cuya clase ya conocía. Era papel de cartas, con membrete, el cual había sido arrancado para escribir el anónimo, y que también podía ser utilizado para extender facturas.

Por un momento, se le ocurrió que Andy estaba enterado de lo que había pasado en tiempos y había tratado de chantajear a Foulham. La lógica respuesta del científico había sido una puñalada.

Pero ¿por qué esperar tanto tiempo? Además, el cajón no estaba cerrado con llave, lo cual significaba que también Clara había tenido acceso al mismo. De súbito, al revisar los papeles que había amontonados en el escritorio, encontró una factura fechada en Ely cosa de quince días antes.

El anónimo había sido echado al correo en Ely, según el matasellos de la carta que había llegado a poder de McFadden. Ahora bien, ¿quién de los dos había sido su autor? ¿Clara o su esposo?

La factura se refería a unas telas para tapizar asientos de automóviles. Andy podía haber sido el autor de la adquisición, pero al ver junto a aquella factura otra por un vestido, adquirido también en una tienda de Ely, Gleason pensó en que quizá era Clara la autora del anónimo.

Se guardó ambas facturas en el bolsillo, ante la inquisitiva mirada de McFadden.

—Temo que habré de desplazarme hasta Ely —dijo—. Es decir, si el coche está en condiciones de rodar.

—¿Ha descubierto algo interesante? —preguntó McFadden.

—Sí. Algo que nos dirá cuál de los dos esposos fue el autor del anónimo.

—Entonces, seguiré reteniendo a Clara.

—Por supuesto. Incluso aunque ella no hubiese escrito el anónimo. Conoce al asesino y yo diría que incluso lo encubre.

—¿Por qué?

Gleason se encogió de hombros.

—El corazón de las mujeres es un arcano indescifrable — respondió filosóficamente.

Salió del escritorio y se acercó al «Austin», comprobando que las abolladuras habían sido reparadas, aunque faltaba pintarlo. No obstante, como era la única avería, Gleason decidió que podía hacer el viaje perfectamente.

Consultó el reloj. Eran las doce. La distancia a cubrir era de unas treinta y siete millas. En una hora podía estar en Ely, otra más, dos en todo caso, como máximo, para realizar sus pesquisas, y otra para volver. A media tarde podía estar de regreso nuevamente en Gwinster.

Sin perder más tiempo, puso el auto en marcha y arrancó hacia Ely.

CAPÍTULO VIII

El propietario de la tienda de telas para tapizar automóviles resultó ser una mujer de cierta edad y rostro amable, quien se mostró inmediatamente dispuesta a cooperar con el joven, apenas éste le hizo saber que pertenecía al Yard.

Gleason le enseñó la factura. La señora Eastle se caló las gafas, leyó el papel detenidamente y, al cabo, se lo devolvió al joven.

—Sí, recuerdo la compra —contestó—. El señor Grynn es cliente habitual de mi tienda. ¿Ha hecho algo malo?

Gleason eludió una respuesta concreta, por el momento.

—¿Fue él quien adquirió estas telas? —quiso saber.

—Sí, en efecto —contestó la señora Eastle.

—¿Cómo le pagó? ¿En metálico o en un cheque?

—Billetes, como de costumbre.

—¿Está segura de que fue él? —insistió el joven.

—Segurísima. —La señora Eastle sonrió—. Hace diez años que es cliente mío. ¿Le ha pasado algo malo? ¿Se ha metido en algún lío?

—Siento no poderle contestar, por el momento —repuso Gleason. Los periódicos no tardarían en divulgar la noticia, pero no tenía ganas de andar facilitando explicaciones a la gente. Sacó la otra factura y se la enseñó a la mujer—. Por favor, ¿quiere decirme dónde se halla esta tienda?

La señora Eastle leyó el membrete.

—Está en la calle King George V, tres más abajo de ésta, a la derecha. Verá la muestra fácilmente, señor Gleason. Pregunte por el dueño, Mattehew Kirkland; es amigo mío y le atenderá con toda amabilidad.

—No será mayor que la suya —elogió el joven, quien, acto seguido, salió a la calle y montó de nuevo en el «Austin».

Momentos después estaba en la tienda de Kirkland. Preguntó por

el dueño y le enseñó la factura.

—Sí —respondió Kirkland al cabo de unos segundos de reflexión —, recuerdo esta venta. Me lo compró un sujeto alto y delgado, de ojos un tanto saltones. Trajo las medidas y dijo que era para su esposa. Es todo cuanto sé, señor Gleason.

El joven meditó unos instantes. Tal vez Andy Grynne, cuyo aspecto fisonómico correspondía plenamente al que le había facilitado Kirkland, había querido hacer un obsequio a su esposa. Esto sucedía a veces, se dijo, sobre todo, después de una violenta discusión conyugal. De todas formas, lo importante era que había sido Grynne el autor del anónimo.

—O, por lo menos, el que lo echó al correo —se dijo más tarde, sentado en el mostrador de un bar, donde entró para reponer sus fuerzas con un bocadillo y una gaseosa—. Porque tal vez estaban de acuerdo en sonsacar el dinero a Foulham —o Weldon—, ya que me parece que esa pareja no estaba muy fuerte en la cuestión de moral. Andy tenía que venir a Ely para comprar las telas de tapizar y aprovecharon la ocasión para depositar la carta en el buzón de Correos. Sin embargo, ¿por qué fue luego ella sola a ver a Foulham? ¿Quería prevenirle contra su propio esposo?

Terminó la consumición y abonó el importe, sin haber llegado aún a una conclusión satisfactoria. No sabía si Clara ocultaba al asesino o esperaba que se demostrase su inocencia para hacerle seguir el chantaje por su cuenta o si la idea había sido solamente de su difunto esposo. De todas formas, había algo que no ofrecía duda: Clara no sentía en absoluto su estado de reciente viudedad y todas sus preocupaciones estribaban en conseguir su libertad cuanto antes. Pero él estaba dispuesto a mantenerla encerrada, en tanto no mostrase una mayor facilidad de cooperación.

Habiendo terminado en Ely, emprendió el regreso a Gwinsten. Detuvo el «Austin» a la puerta de la posada y subió a su habitación, con el pretexto de lavarse. No quiso ir a ver a McFadden, seguro que el sargento acudiría más tarde, como, en efecto, así sucedió.

Gleason le narró el resultado de sus pesquisas.

—Sería cosa de interrogarla de nuevo —comentó McFadden al terminar Gleason su relato.

—Yo opino que no... Es decir, si usted quiere hacerlo, no se lo impediré. Pero creo que veinticuatro horas más de encierro son

mucho tiempo para que reflexione. Tal vez, sin apretarla, ella misma llegue a la conclusión de que lo que más le conviene es cooperar con nosotros.

—Muy bien —accedió el sargento—; lo haré como usted me dice.

—A propósito —preguntó Gleason—, ¿quién podría prestarme, o alquilarme, en todo caso, una bicicleta? —Al ver la mirada de extrañeza de su interlocutor, se echó a reír—. Es que mañana estoy invitado a dar un paseo con Edna Cormyn.

—Ah, la chica que trabaja en Heeney House. Bien, no se preocupe; yo le proporcionaré la bicicleta. En la comisaría tenemos una. ¿Para qué hora la quiere? —Mañana, a la una y media.

—Jamie se encargará de repararla, descuide.

Gleason durmió profundamente aquella noche, sin preocupaciones, pese a los pensamientos que se atropellaban en su cerebro. Creía estar en el buen camino, aunque para seguir adelante era preciso quitar mucha broza todavía. Casi se podía decir que el único punto oscuro eran los motivos que había tenido el asesino para regresar a Heeney House. Si llegara a conocerlos, podía afirmar que habría llegado a conocer las causas del doble asesinato cometido quince años atrás.

Por la mañana, después del desayuno, le entregaron un largo mensaje telegráfico. El despacho procedía del inspector Harrogate y en él le facilitaba cuántos datos había podido reunir acerca de los Foulham y Weldon. No valían gran cosa, en sí, excepto por un detalle.

«Frank Weldon, casado con Jane Cormyn...»

Comprendió los motivos de la palidez de Edna al hablar de los crímenes cometidos en Heeney House.

¡Edna era la hija de Weldon!

¿El asesino o la víctima?

Cuando llegó a la altura de Heeney House, vio que Edna le estaba ya esperando en la puerta de la casa.

No necesitó detenerse; la muchacha se sentó en el sillín y pedaleó a su encuentro a través del sendero que conducía a la carretera.

—Hace un día espléndido —comentó la chica con voz fuerte—. Obtendrá buenas placas, se lo aseguro.

Hablaron sin dejar de pedalear.

—Con usted como objeto principal —contestó él, sonriendo—. Ya sabe, una muchacha bonita en primer plano, a un lado de la composición, con el cabello suelto, acariciado por la brisa, y la ropa también flotando.

—Eso me recuerda un viejo cartel de propaganda —dijo Edna alegremente—. Usted no quiere que sus vacaciones sin cámara sean vacaciones perdidas, ¿no es eso?

—Acertó, Edna. Es decir, si puedo llamarla Edna.

—Claro, Stuart.

Se alejaron unas tres millas de la casa, hasta perderla de vista al otro lado de unas lomas bajas, que corrían en dirección Sudoeste. Al fin, Edna detuvo su bicicleta y la apoyó en la barda del camino.

Extendió el brazo hacia arriba.

—Ahí, en la cima de esa loma, podrá tirar un par de buenas placas —aconsejó.

—Vamos, pues —dijo él, iniciando la ascensión.

La colina no era muy alta, aunque sí de pendientes suaves y herbosas. Había en su cima un viejo roble, cuyas ramas estaban tendidas patéticamente hacia el sur, como consecuencia del influjo de los vendavales de invierno de muchos años, que resultaba un objeto para una composición fotográfica.

Gleason extendió el trípode y montó la cámara. A lo lejos, corrían unas nubes blancas, panzudas como odres. Colocó el filtro correspondiente y con ayuda del fotómetro, calculó la abertura del diafragma. Luego indicó a la muchacha que se situara a unos metros a la derecha del roble.

—Suéltese los cabellos, que ondeen libres al viento.

Edna obedeció, colocándose frente a la brisa. El soplo del aire adhirió a su esbelto cuerpo la tela del vestido, liviano, como correspondía a la estación, haciendo resaltar la turgencia de su seno compacto y bien modelado. La falda ondeó como una bandera de fragante juventud.

Gleason tiró un par de placas.

—Ya está —dijo.

—¿Qué título le dará a la fotografía? —preguntó ella, ahuecándose instintivamente los largos cabellos, sedosos y brillantes.

—Recuerdo de una agradable excursión en compañía de Edna Weldon —respondió Gleason, mirándola fijamente.

CAPÍTULO IX

Los ojos de Edna contemplaron al detective durante unos segundos con hipnótica fijeza. Su respiración se había alterado; ahora era más rápida, y su busto subía y bajaba con visibles palpitaciones.

—¿Qué sabe usted de mí? —preguntó al cabo—. ¿Quién le ha dicho que me llamo Weldon?

Gleason la tomó del brazo y la condujo al pie del roble.

—Sentémonos —dijo—. ¿Fuma usted, Edna?

Ella asintió en silencio, mientras se recogía la falda bajo las piernas, a fin de sentarse con más comodidad. Gleason encendió dos pitillos, le pasó uno y luego se sentó a su lado.

—No conocí a su madre —dijo—, pero todos los informes que poseo indican que fue muy hermosa. ¿A qué ha venido usted a Heeney House? ¿Tal vez para desentrañar por su cuenta el misterio de lo que ocurrió en ese caserón quince años atrás?

Edna inhaló el humo del cigarrillo un par de veces. Parecía haberse calmado un tanto.

—Sabe usted demasiadas cosas —respondió—. Dígame antes quién es y le contestaré a sus preguntas. O callaré, si su personalidad no me convence.

—Sólo trato de ayudarla —dijo Gleason, vacilando en revelar su personalidad—. ¿Sabe el doctor Antserp que usted se llama Weldon?

—No. Cuando me presenté a él, ya lo hice utilizando el apellido de mi madre. Pero, ¿por qué me pregunta eso, Stuart?

—Temo que haya cometido usted una grave imprudencia aceptando el empleo —murmuró el detective—. Si Antserp conoció a su madre... Tengo la sensación de que usted debe ser muy parecida fisonómicamente a ella.

—Pero ¿por qué iba a conocer Antserp a mi madre? ¡Él no es

Foulham! Por favor, Stuart, dígame quién es usted.

—Se lo diré si me promete guardar secreto absoluto y no decir nada a nadie, ni aun al doctor Antserp, mucho menos, naturalmente, a Clayton y al resto de la servidumbre de la casa.

—Se lo prometo —contestó ella—. Hable, Stuart.

El joven le enseñó su documentación.

—Scotland Yard —musitó Edna—. ¿Por qué?

—Tenemos informes fidedignos que señalan que el asesino no murió, sino que fingió su muerte para pasar desapercibido y escapar así al castigo que su delito merece —respondió él.

Edna se tapó la cara con las manos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi padre... vivo... todavía! —gimió.

—No es seguro que se trate de su padre —corrigió Gleason—. Se supone que haya de ser él, pero nadie está en condiciones de afirmarlo con toda certeza. Las circunstancias tan especiales en que se produjo aquel hecho tan infausto, parecen acusar a su padre, pero usted debe recordar que los cadáveres sólo pudieron ser identificados por la indumentaria, no por los rasgos fisonómicos o las huellas dactilares. Uno de los muertos tenía puestas las ropas de Foulham; el otro, naturalmente, era su madre. En dirección a la ciénaga se encontraron unas huellas que todo el mundo supuso pertenecían al doctor Weldon, ahogado allí después de haber cometido su doble crimen. Pero, repito, nadie está en condiciones de afirmar que esas huellas fuesen dejadas auténticamente por su padre, Edna.

La muchacha estaba visiblemente agitada.

—Entonces, ¿vive? ¡Dígamelo, por favor, por lo que más quiera, Stuart! —rogó con gran vehemencia—. No me importa lo que hiciera; es mi padre y...

El joven meneó lentamente la cabeza.

—Los indicios que poseemos ahora tienden a señalar que el superviviente, y por tanto, el asesino, fue el doctor Foulham, el cual fingió su muerte, después de realizados aquellos hechos. Luego escapó, tratando de hacer creer que había sido su padre el autor de todo, a fin de eludir la responsabilidad de sus crímenes.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mató ese miserable a mis padres? —preguntó ella, sumamente nerviosa.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —respondió

Gleason—. Si usted ha descubierto algo...

Edna meneó la cabeza.

—No. Aún no... a pesar de que hago todo lo que puedo. —Con repentina energía exclamó—: ¡Tía Agatha tenía razón!

—¡Eh! ¿Quién era tía Agatha?

—La hermana mayor de mi padre —respondió Edna—. Siempre sostuvo que él jamás hubiese levantado un dedo contra mi madre. Se amaban demasiado para rozarla un solo cabello, ¿comprende?

—Pero, usted, ¿dónde ha estado hasta ahora? ¿Cómo es que entonces no se hallaba junto a ellos, en Heeney House?

—Mi padre era ayudante principal del doctor Foulham. Éste no quería niños en la casa y, por dicha razón, y debido a que el empleo era bueno y el sueldo excelente, mis padres aceptaron nuestra separación temporal, sabiendo que sólo sería cuestión de un par de años como máximo. Yo vivía con tía Agatha... Mi madre, de cuando en cuando, hacía algunas escapadas para visitarme. Un día, ya no vino y...

—Por favor —rogó él, advirtiendo la agitación de la joven—; no se excite. Descanse un poco; ya terminará de contármelo cuando se encuentre mejor.

Edna agitó nuevamente la cabeza.

—No, ya queda muy poco que contar. Me quedé a vivir con tía Agatha, hasta que murió, hace un año. Tenía un excelente empleo... era la secretaria de un buen médico, en Glasgow. Un día leí en el periódico que se precisaba una muchacha para secretaria en Heeney House. Fue... una especie de inspiración; me dije que tal vez podía llegar a conocer la verdad íntegra de la tragedia. Escribí, me dieron el empleo... y aquí estoy, Stuart. Entonces —preguntó la muchacha —, ¿supone usted que Antserp es Foulham?

—No lo sé. Tenemos informes, y todo parece corroborarlo, que el autor de aquellos crímenes está de nuevo en Gwinster. Personalmente, me siento inclinado a creer en la inocencia de su padre... lo cual significaría que, efectivamente, murió entonces. Pero si Foulham está vivo y reside en Heeney House, entonces corre usted peligro de ser reconocida. Foulham vivió largo tiempo bajo el mismo techo que su madre. ¿Se parecían ustedes? Quiero decir, si ahora usted es parecida a como era ella en aquella época.

—Conservo un retrato suyo, hecho poco antes de su boda.

Entonces tenía veinticinco. Se lo dejaré y usted juzgará —respondió Edna.

—Muy bien. Pero es preciso que tenga en cuenta esa posibilidad.

—¿Sería peligrosa para mí la estancia en Heeney House? —preguntó Edna.

—Por lo menos, inconveniente. Su padre no le causaría ningún daño, por supuesto; pero no podemos asegurar lo mismo de Foulham. ¿Qué ocurriría si éste se viese en peligro de ser reconocido y arrestado?

—Hasta ahora, Antserp se ha portado siempre muy consideradamente conmigo, Stuart.

—Lo que no significa que pueda variar de conducta en el futuro. Dígame, ¿no ha conseguido averiguar nada?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—No. Ni siquiera he oído el menor comentario, ni aun a la cocinera ni a la doncella. Stuart, ¿por qué ha vuelto Foulham a la casa, al cabo de tantos años?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —respondió él, tirándose del labio inferior—. Debe existir un motivo muy poderoso para haber cometido esa grave imprudencia, sabiendo que, pese al disfraz, podía haber sido reconocido, como, en realidad, así ha sucedido. Ya está usted enterada de la muerte de Gryn, ¿no es cierto?

Edna movió la cabeza afirmativamente.

—¿Quién le mató? ¿Por qué, Stuart?

—Al parecer, Foulham mantenía relaciones con la muchacha que realizaba las tareas domésticas de la casa, excepto cocinar, y que se llamaba entonces Clara Rinelt. Clara casó años después con Andy Gryn y, al parecer, ambos reconocieron a Foulham. Hay un pequeño enredo de chantaje, que Foulham no parece estar dispuesto a tolerar, y Gryn resultó la víctima, con un puñal en el corazón. Lo que no sé todavía es si murió por instigación de su esposa, con la que no se llevaba demasiado bien, o a causa de su esposa.

—Entonces, ¿usted no cree que Clara haya sido la autora del crimen?

—No. Lo más que le concedo es que oculte la identidad del asesino, pero ella no ha sido. De todas formas, no le llorará demasiado: si no fuera porque está en la cárcel, yo diría que sería

capaz de ponerse a saltar de júbilo por haber encontrado quien le quite de en medio un estorbo.

—¿Y ella no quiere decir quién es Foulham?

—No. Al parecer, le conserva todavía bastante devoción, al cabo de los años. O tal vez espera que, callando, le caiga una sustanciosa recompensa. Por el momento, no puedo asegurar nada.

—Interróguela —sugirió Edna.

—Ya lo he hecho. Clara es una mujer muy dura y, naturalmente, no puedo forzarla a hablar por la violencia. Como, en apariencia, podía tener motivos para desear la muerte de Andy, no resulta extraño mantenerla en la cárcel. Unas horas de encierro —añadió Gleason—, y pueden inducirla a reflexionar que la mejor norma en estos casos es cooperar plenamente con la policía.

La muchacha se quedó pensativa durante unos momentos.

—Me gustaría saber por qué ha vuelto Foulham a la casa al cabo de tantos años —musitó.

—A mí también —contestó él. Y agregó—: Pero no afirme tan rotundamente que se trata de Foulham.

Edna comprendió y su cuerpo sufrió un fuerte estremecimiento.

—Sí, es verdad —admitió con voz sorda—. También podría tratarse de mi padre.

Pasaron unos momentos de silencio. De pronto, Edna se puso en pie.

—Regresemos —dijo—. Le entregaré la fotografía de mi madre, Stuart. Tengo algunas y usted comparará y me dirá si debo seguir en Heeney House o abandonar el empleo.

—Muy bien.

Gleason recogió sus aparatos y se los colgó del hombro. Empezaron el descenso, hasta llegar adonde habían dejado las bicicletas, en las que montaron sin más pérdida de tiempo.

Poco después llegaban a Heeney House. La muchacha le invitó a entrar y él cruzó el umbral, hallándose en un amplio vestíbulo de estilo antiguo, el cual, sin embargo, había sido reformado después de la tragedia.

—Espere un momento —rogó ella en voz baja.

Gleason asintió. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, mientras Edna emprendía ágilmente el ascenso al piso superior.

Momentos más tarde, Edna regresó con un sobre en las manos,

que entregó al joven.

—Aquí están las fotografías, Stuart.

En aquel momento se oyó una voz:

—Señorita Cormyn.

Edna y Gleason se volvieron al mismo tiempo hacia el hombre que acababa de aparecer en el vestíbulo.

—¿Sí, doctor Antserp? —respondió la muchacha.

CAPÍTULO X

Stuart Gleason examinó con cuidado al doctor Antserp, hallando que era un sujeto de cincuenta y cinco años, aproximadamente, alto, fuerte y robusto todavía, de ojos muy perspicaces, ocultos tras unas gafas de pinza, y cuyo pelo, crespo y abundante, tenía una coloración completamente blanca, así como el bigote y la barbita en punta que adornaban su rostro. Vestía una bata blanca, de manga corta, por la cual asomaban unos brazos gruesos y musculosos... los brazos de un hombre que podía haber asestado una puñalada capaz de matar instantáneamente a un semejante suyo.

—Perdón, señorita Cormyn —dijo Antserp—, no sabía que estuviese acompañada.

—El señor Gleason es un buen amigo mío —respondió ella—. Stuart, le presento al doctor Antserp. Doctor, Stuart Gleason.

Los dos hombres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

Luego, Antserp se dirigió a la muchacha.

—Estaba buscando las anotaciones de los últimos experimentos, señorita Cormyn. No, por favor, no se moleste en traérmelas; dígame solamente dónde están y yo las buscaré. Usted —sonrió amablemente—, debe atender a su invitado.

—Gracias, doctor —respondió la muchacha—. Están en el segundo cajón de la derecha de mi escritorio.

—Muy amable —murmuró Antserp—. Señor Gleason, ha sido un verdadero placer.

—¿Qué le parece? —preguntó Edna en voz baja.

—Es pronto aún para opinar. Yo...

Gleason no pudo continuar hablando. Nuevamente fue interrumpido por la voz de un hombre.

—Edna, ¿ha visto usted a Antserp? Le estoy buscando... ¡Caramba, no sabía que tuviese usted una visita! —exclamó el

recién llegado.

Edna hizo las presentaciones por, segunda vez. De este modo, Gleason conoció al otro científico, Phil Clayton, el ayudante de Antserp. También él era alto, aunque no tanto como Antserp, y de buena presencia física. Tenía los cabellos, ya muy escasos, grises todavía, pero, en cambio, su barba, frondosa y poblada, era casi completamente cana. Usaba unas gruesas gafas que le daban un inconfundible aspecto de miope y hasta le conferían la apariencia del clásico sabio despistado.

—Es un buen amigo mío —explicó Edna.

—Ya, se comprende —sonrió Clayton—. Esta juventud... Yo, con mis casi sesenta a cuestas, estoy ya para ir al cubo de la basura. Bueno, no se es joven más que una vez y hay que aprovecharse. ¿Dónde dijo que estaba mi colega y gran jefe? —preguntó Clayton con indudable buen humor.

—Dijo que iba a mi escritorio, a buscar las anotaciones de los últimos experimentos.

—Gracias, Edna. Señor Gleason...

Clayton se alejó. Entonces, Gleason preguntó:

—¿Qué clase de experimentos realizan?

—Investigan sobre nuevos tipos de carburantes —contestó Edna. Gleason la miró con sorpresa.

—Entonces, son sólo químicos —exclamó.

—También se puede poseer el grado de doctor en ciencias, ¿no?

—Claro, claro —murmuró el joven, sumamente desconcertado. Había dado por sentado que el título de doctor se refería a la Medicina, y, aunque sabía que eran químicos, se sentía un tanto perplejo—. Está bien, no quiero molestarla más, Edna. Si advirtiese algo de particular, no deje de avisarme.

—Lo haré —prometió ella con firmeza.

Gleason estaba ardiendo en deseos de contemplar las fotografías. Pedaleó furiosamente, hasta llegar a Gwinster. Dejó la bicicleta a Jamie McPeel y se encaminó a la posada, encerrándose en su cuarto.

Abrió el sobre y extrajo las fotografías de su interior. Una de ellas representaba a Jane Weldon de soltera o, por lo menos, al poco tiempo de casada. Sí, se advertía el indudable parecido con Edna, pero sólo si se conocía el parentesco tan próximo que las

había unido en tiempos. A una persona que no estuviese enterada de que Edna era hija de Jane, aunque hubiese conocido a esta última, podía resultarle difícil reconocer a la muchacha como tal. No obstante, era una posibilidad que no debía descartarse.

Había otras fotografías más. Una de ellas representaba a los padres de la muchacha, cuando Edna tenía unos cinco años, mucho antes por tanto, de que los Weldon fuesen a Heeney House. Frank Weldon estaba en cuclillas, junto a su hija, y, por consiguiente, salvo los rasgos faciales, era prácticamente imposible discernir su complexión física. No obstante, era preciso tener en cuenta que la fotografía había sido hecha dieciocho o diecinueve años antes y, por tanto, en el supuesto de que Antserp fuese Weldon, su apariencia fisonómica debía haber sufrido las modificaciones propias del transcurso del tiempo.

Había dos fotografías más, ambas de escenas familiares de los Weldon con su hija. En la siguiente, aparecía el matrimonio con Foulham.

Gleason dedujo que se trataba de Foulham, porque la fotografía había sido impresionada en la misma puerta de Heeney House. Jane se hallaba entre los dos hombres y, además, por rara curiosidad, Clara aparecía también en la imagen.

Los dos hombres eran muy parecidos en lo referente a corpulencia y estatura. Si acaso, Weldon era un par de centímetros más alto que Foulham, pero esto se notaba solamente tras un detenido examen de la fotografía. En cambio, lo que el joven no se explicaba era la presencia de Clara.

Ciertamente, Clara no formaba parte del grupo. Estaba separada a tres o cuatro pasos a la izquierda de Foulham, dando la sensación de que se había colocado allí más bien por figurar en la fotografía, que por haber sido realmente invitada. Con todo, era un dato que podía tener su importancia en el futuro.

A pesar de que estuvo contemplando las fotografías durante largo tiempo, no pudo establecer con seguridad si alguno de los hombres allí retratados quince años antes era el Antserp de hoy. El tiempo transcurrido... y una ligera, pero hábil caracterización, bastaban para hacer irreconocible al criminal, fuese Foulham, fuese el padre de Edna.

Después de estar trabajando intensamente durante un rato,

Gleason bajó al comedor de la posada. Cenó con buen apetito, saboreó después una jarra de cerveza, se distrajo con las jugadas que hacían algunos clientes, lanzando dardos al disco redondeado y, al fin se fue a la cama.

Por la mañana, apenas desayunó, se encaminó a la estación de policía.

McFadden le miró inquisitivamente.

—Quiero hablar con Clara —dijo él—. Usted puede quedarse cerca y escuchar, sin ser visto.

—Desde luego —accedió el viejo sargento.

Gleason entró en la celda. Clara había desmejorado bastante, era fácilmente visible. No se cuidaba de su cabello y, sin maquillaje, parecía tener más años de los que contaba en realidad.

—Les traigo tabaco —dijo Gleason, entregándole una cajetilla y fósforos.

—Y muchas ganas de sonsacarme —dijo Clara agriamente.

—¿Por qué no? Es mi oficio, señora Gryn.

Ella encendió el cigarrillo y expulsó el humo lentamente.

—No hablaré —dijo.

—¿Por amor a Foulham? ¿Por la esperanza de que él la recompense cuando la pongan en libertad?

Clara apretó los labios, indicando con el gesto sus intenciones de guardar silencio a toda costa.

—No es una actitud que la beneficie —advirtió el joven—. Usted no ha matado a su esposo, evidentemente, pero encubre al criminal. Esto la convierte en cómplice... y puede llegar a sufrir la misma pena que él, si se demuestra su culpabilidad.

—Demuestre primero esa culpabilidad y luego hablaremos —respondió la mujer, sin abandonar la aspereza de su tono.

—Usted estaba harta de Andy, eso es cierto, pero no hasta el punto de haber instigado a otro hombre a matarle. Sin embargo, ya que está hecho, no lo siente y no quiere tampoco que ese hombre sea castigado.

—Siga, siga; sus palabras me divierten mucho.

Gleason procuró armarse de paciencia.

—Se me ocurren varias hipótesis. Una de ellas es que su marido reconoció al asesino que mató a dos personas en Heeney House hace quince años. Si ese asesino, presumiblemente, fue Foulham, es

posible que se sintiera celoso de lo que ocurrió entre usted y él en aquella época. Entonces, una de dos: o quiso vengarse, temiendo la reanudación de aquellas relaciones, con mengua de su honor, o, sin importarle su honor un rábano, quiso extraer el jugo a la circunstancia, quiero decir, que trató de hacerle un chantaje.

»El asesino se negó a pagar por el chantaje. Entonces, Andy, despechado, escribió el anónimo —ya no cabe la menor duda de que fue él, cuando estuvo en Ely hace algo más de dos semanas y le trajo un vestido a usted como compensación, quizá, por alguna violenta discusión conyugal—. Tal vez, al ver que el anónimo no surtía tan pronto los efectos que había esperado, se sintió impaciente y trató de persistir en su chantaje.

»Usted hablaría con él, es casi seguro, y enterándose de las intenciones de Andy, quiso poner sobre aviso al asesino. Salió de casa subrepticamente. Yo la vi, pero no vi a su esposo, quien me quitó de en medio, a fin de tener el camino libre. ¿Qué ocurrió bajo los olmos?

»Alguien dio una puñalada y alguien la recibió: su esposo. Y usted sabe quién asestó el golpe mortal que la dejó viuda.

De repente, extrajo la fotografía y se la enseñó.

—Indíqueme cuál de estos dos hombres está hoy en Heeney House —dijo repentinamente.

De un modo parcial, Gleason logró casi su objetivo: sorprender a la mujer. El cuerpo de Clara sufrió un fuerte estremecimiento al contemplar la fotografía impresionada quince años atrás.

—¿Cuál de los dos es el que mató a su marido? —insistió Gleason—. ¿Tal vez el que hoy se hace pasar por doctor Antserp?

Clara le dirigió una mirada de sorpresa.

—No hablaré —respondió en tono hosco.

Gleason comprendió que había acertado. Ella sabía que Antserp era Foulham. Por las razones que fueran —efectivas o crematísticas —, trataba de protegerle.

El joven se desazonó un instante. Sabía ya quién era el hombre que había cometido dos crímenes en Heeney House quince años antes y otro dos días antes. Pero no había modo de demostrarlo. Toda acción al respecto, mientras no poseyera pruebas más concluyentes, resultaría no sólo estéril, sino incluso perniciosa.

Cuando actuase contra Antserp, debía hacerlo de un modo

seguro, firme, irrefutable, que el hombre no pudiese formular la menor objeción a su arresto.

—Al parecer —comentó en tono intrascendente—, confía mucho en usted para que siga ocultándole.

Clara se encogió de hombros, como dando a entender que no quería seguir hablando.

—Me dan ganas de decir al sargento McFadden que la ponga en libertad —siguió Gleason, en vista del silencio de la mujer.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó ella fríamente.

—Porque, en medio de todo, estoy obligado a velar por su vida.

—No entiendo.

—Usted está muy segura de la... digamos fidelidad del asesino. Pero yo, en su lugar, no lo estaría tanto. Antserp, si es él, no es un hombre tonto ni mucho menos y sabe que su vida depende de las veleidades de una mujer, la cual, viendo que tal vez su cuello está en peligro, puede sentirse inclinada a hablar. Quien ha cerrado la boca a una persona, no tendrá escrúpulos en repetir la misma acción, sobre todo, cuando es su propia seguridad la que está en peligro. Aquí en la cárcel, sin embargo, está libre de toda acechanza. Pero se merecía que la soltasen y que el asesino le diese un buen susto.

Clara sonrió despreciativamente.

—Váyase —dijo—. Hemos terminado ya de hablar.

El joven se puso en pie.

—No, no hemos terminado todavía. Volveré otro rato, señora Gryn. Seguiremos hablando más, mucho más, hasta que confiese usted la verdad.

Clara se tendió en el camastro, colocó las manos bajo la nuca y cruzó las piernas, sin importarle enseñar hasta la mitad del muslo. Su gesto hosco indicó al joven que ya no hablaría más aquella mañana.

Llamó para que le abriesen. Momentos más tarde estaba en el despacho, hablando con McFadden.

—¿Quiere enseñarme la fotografía? —pidió el policía.

Gleason se la enseñó. McFadden estuvo contemplándola largo rato.

—No —dijo al cabo—; por esta imagen, no puedo saber cuál de los dos hombres que hay en Heeney House es Foulham. O Weldon,

claro.

El joven asintió, bastante desanimado. Foulham o Weldon. Antserp o Clayton. Personalmente, se inclinaba por los dos primeros. Hubiese parecido más lógico que Weldon, de cometer un crimen, hubiese matado solamente a Foulham, pero no a su esposa, a la que amaba intensamente. Además, y por la misma razón, era preciso desechar cualquier relación ilícita con Clara, lazo que había unido a Foulham con ésta. Luego, lo más lógico parecía considerar a Foulham como el autor de los crímenes... hoy disfrazado bajo la capa de un pretendido doctor Antserp, según parecía, a juzgar por el gesto de sorpresa de Clara.

De pronto, sonó una exclamación.

—¡Caramba! —dijo Jamie McPeel—. ¿De dónde ha salido esa fotografía al cabo de los años?

Los dos hombres se volvieron hacia el joven policía, que había entrado sin ser advertido. Gleason preguntó:

—¿La conoce usted?

—¡Claro que sí! —exclamó Jamie—. ¡Como que yo estaba presente en el momento en que se disparaba el obturador!

CAPÍTULO XI

Stuart Gleason se asombró de no haber pensado hasta entonces en que la fotografía no se había hecho sola. Los crímenes que estaba tratando de descubrir, atraían de tal manera su atención que apenas si le dejaban fijarse en otros detalles.

McPeel se acercó y tomó la fotografía, examinándola con fijeza.

—¿Dice usted que tiró esa placa? —preguntó el joven.

—No, no —contestó McPeel—. He dicho que yo estaba presente cuando se impresionó esa fotografía. Lo recuerdo muy bien, porque la doncella, Clara, me la enseñó tiempo después, un día que nos encontramos... Ya se habían cometido los crímenes en Heeney House, por supuesto. Pero Clara se afectó muchísimo por lo sucedido, ahora que ya puedo darme cuenta, veo que estaba enamorada del doctor Foulham, cuya muerte le causó una gran aflicción.

—De modo que su enamoramiento era por Foulham —murmuró el detective.

—Sí, desde luego —respondió McPeel en tono enfático—, de eso no cabe la menor duda. Yo era entonces poco más que un crío, tenía quince años... pero aun así, ya sabía darme cuenta de algunas cosas. Una vez les sorprendí besándose...

—Pero usted llevaba sólo la leche a Heeney House —objetó Gleason.

—También trabajaba en ocasiones para la tienda de comestibles, señor Gleason. Entonces llevaba un carrito tirado por un caballo.

—Bueno —gruñó McFadden—, volviendo a lo de antes, Jamie. Tú no hiciste la fotografía.

—No, sargento.

—Tal vez era cámara con disparador automático.

—Oh, no, tampoco. La hizo un sujeto a quien nunca había visto, un perfecto desconocido para mí. Tampoco volví a verle más, si

quiere que le diga la verdad. Al día siguiente, en todo caso, dos o tres días más, se produjo la tragedia.

Gleason frunció el ceño. Las manifestaciones del joven policía, introducían un nuevo elemento en el problema, que no contribuía a aclararlo, precisamente.

—¿Tiene usted idea de cómo era el sujeto? —preguntó.

McPeel hizo un gesto ambiguo.

—O, tendría unos treinta y cinco años, corriente... no me fijé mucho en él. Apenas se hubo impresionado la placa, Clara vino a mi encuentro y nos dedicamos a entrar los comestibles en la casa por la puerta trasera. Los otros se metieron adentro: Foulham, los señores Weldon y el desconocido. Ya no sé más.

—Todavía puede saber más —dijo Gleason incisivamente—. Examine de nuevo la fotografía. Fíjese bien, McPeel: tómese todo el tiempo que necesite, pero deme una contestación.

—Sí, señor Gleason.

—Mire bien a los dos hombres. Usted les conoció. Uno de los dos vive actualmente en Heeney House, bajo otra apariencia. ¿Cuál de ellos es el superviviente, quiero decir, el que fingió su propia muerte hace quince años?

McPeel le miró con pasmo. Luego volvió sus ojos hacia su jefe.

McFadden movió la cabeza.

—Anda, Jamie, haz lo que te dice el señor Gleason. —Y añadió —: Es del Yard.

Jamie silbó suavemente.

—Claro —murmuró, bajando los ojos de nuevo hacia la cartulina.

Pasó casi un minuto. Al fin, Jamie meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Conozco a los dos que hay ahora en Heeney House. Ciertamente, no se me habría ocurrido pensar que uno de ellos fuese el asesino de entonces, pero, aún sabiéndolo, no estoy en condiciones de señalar a uno de forma definitiva. Si es Weldon...

—Parece ser —le interrumpió el joven—, que Weldon murió asesinado y que Foulham desempeñó una ficción, haciéndose pasar por asesinado y simulando luego la muerte de Weldon en la ciénaga. Así que piense usted en Foulham y trate de averiguar cuál de los dos hombres que residen hoy en la casa es el asesino.

McPeel volvió a menear la cabeza.

—Han cambiado mucho —manifestó—. Naturalmente o deliberadamente, pero no puedo apuntar con el dedo a uno de ellos. Particularmente, me inclino por Antserp, pero una inclinación es sólo una presunción y no una afirmación rotunda y definitiva.

Gleason se felicitó de que las sospechas de McPeel coincidieran con las suyas. Pero, como decía el joven policía muy sensatamente, presumir la identidad de una persona no era afirmarlo rotundamente.

—¿Por qué? —inquirió simplemente.

—¡Hum! Foulham era bueno, no lo niego, pero, a veces, le salía a flote un genio áspero, que le hacía intratable, déspota. Antserp, por lo que he oído, se le parece bastante en este aspecto. Es todo cuanto puedo decirle, señor Gleason.

—Que no es poco —suspiró el joven, guardándose la fotografía de nuevo—. Muchas gracias, amigo McPeel; su ayuda ha resultado realmente valiosa.

—¿Qué intenciones tiene ahora? —quiso saber McFadden.

—Pensar —contestó el joven sonriendo—. Es lo único que puedo hacer ahora.

Regresó a la posada. Subió a su habitación unos momentos y luego descendió a la parte que era local público. La señora Loonigan estaba tras el mostrador y le miró con interés.

—Señora Loonigan —dijo el joven—, ¿por casualidad guardan ustedes todos los libros de registro de años anteriores?

—Pues sí... —respondió la mujer—. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Me gustaría examinar las hojas correspondientes a quince años atrás.

—Si me espera unos momentos, le traeré el libro, señor Gleason.

La posadera vino un cuarto de hora más tarde, con un pesado libraco, ya polvoriento y de hojas amarillentas. Gleason se lo llevó a una mesa y se sentó en compañía de una jarra de cerveza.

Buscó las fechas correspondientes a los días inmediatos al crimen. Durante una semana, la posada no había tenido visitantes.

Tres días antes de producirse las muertes, llegó un tal Mortimer Neal, procedente de Londres. Por la inscripción, parecía deducirse que Neal había pernoctado una sola noche en la posada. Pero no

había otros indicios. El libro carecía de casillero destinado a anotar el destino del huésped. «Mortimer Neal, de Londres», y la fecha, eso era todo.

—Señora Loonigan —llamó.

La posadera acudió a poco, enjugándose las manos en un delantal de cocina.

—Sí, señor Gleason.

El joven le enseñó la inscripción.

—Hace quince años, Mortimer Neal fue huésped de la posada. Tres días después se cometieron aquellos horribles asesinatos, que usted debe recordar tan bien, sin duda alguna. No veo a otro huésped inscrito hasta pasadas casi dos semanas. ¿Puede indicarme algo acerca de ese Mortimer Neal? Es decir, si está usted en condiciones de acordarse de él.

El rubicundo rostro de la posadera adoptó una expresión de profunda concentración.

—No sé —murmuró—, ha pasado ya tanto tiempo. Entonces vivía aún el señor Loonigan... quiere decir, mi difunto esposo, y es posible que fuera él quien atendiese al señor Neal... ¡Espere! —dijo, de pronto, con el rostro iluminado por una brillante sonrisa—. Ahora que recuerdo, hay en el desván una vieja maleta, que nadie ha tocado en muchos años. Tengo una vaga idea de que lleva encima una etiqueta con el nombre de Neal, pero si usted no me lo dice, yo no habría sido capaz de recordarlo. Aguarde un momento, ¿quiere?

Gleason se puso en pie, satisfecho por el giro que iban tomando sus investigaciones.

—Si le parece mejor, llévela a mi habitación, ¿quiere? —sugirió.

—Por supuesto, señor Gleason.

La mujer desapareció escaleras arriba. Mientras. Gleason sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Inhaló un par de bocanadas de humo y luego, sin prisa, emprendió el camino a su habitación.

La posadera llegó poco después, sudorosa y acezante, con una pesada maleta en las manos, de la cual le alivió el joven al instante. Le extrañó la pesadumbre de la maleta, pero pronto supo las causas: estaba llena de libros.

Los examinó uno por uno. Había algunos de literatura general, pero eran los menos; casi todos eran libros científicos, de química

en su mayor parte. Gleason pensó que el hallazgo de la maleta, no le había ayudado gran cosa a descifrar la personalidad de Neal, salvo que se trataba de un químico. Sin embargo, el inspector Harrogate podía ayudarle mucho; en la contratapa de la maleta encontró adherida una etiqueta con el nombre y la dirección en Londres de su propietario.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Gleason? —se ofreció la mujer.

—No, gracias —contestó el detective con una sonrisa—. Eso es todo.

La posadera se retiró. Gleason cubrió la maleta de nuevo, mientras fumaba pensativamente.

Sí, la inesperada aparición, si así podía llamársele, de Mortimer Neal, introducía un nuevo elemento en el problema. Parecía lógico deducir que Neal había ido a Heeney House —¿para formar parte del personal investigador, posiblemente escaso?—, llevándose en principio la parte de equipaje que habría de necesitar con más urgencia: la ropa. Quedaría en enviar a recoger la maleta con libros... Pero no lo había hecho nunca.

¿Y si fuese Neal el asesino?

En tal caso, resultaba lógico que nadie reconociese a un hombre que había estado solo una noche en la posada y tres días escasos —o menos—, en Heeney House. ¿Dónde podía estar ahora?

La dirección de Neal en Londres figuraba en la maleta. El inspector Harrogate sabría suministrarle datos al respecto.

No perdió más tiempo. Sujetó las presillas de la maleta y la depositó en un rincón, al lado del armario ropero. Sin más pérdida de tiempo, se encasquetó el sombrero, y se dirigió hacia la oficina de Telégrafos, en donde redactó un largo despacho dirigido a su superior, apremiándole para que le enviara la respuesta lo más pronto posible.

Cuando salía, divisó a lo lejos la silueta de Edna, que se acercaba pedaleando a la aldea.

La muchacha le alcanzó un minuto más tarde. Su rostro estaba encendido por el ejercicio y su esbelto pecho palpitaba afanosamente.

—Tengo que hablar con usted, Stuart —dijo, sin más trámites.

Gleason comprendió que Edna quería decirle algo importante.

—Venga conmigo —invitó, tomándole la bicicleta—; en la posada lo haremos con más comodidad.

Instantes más tarde se hallaban sentados a ambos lados de una mesa. Gleason pidió una cerveza para él y un refresco para la muchacha, que parecía mucho más acalorada de lo que debiera estar, dado el ejercicio realizado. Pronto tuvo la explicación cuando ella, tras los primeros sorbos de limonada y, con acento dramático, dijo:

—¡Stuart, mi equipaje ha sido registrado!

CAPÍTULO XII

Stuart Gleason dejó pasar casi un minuto antes de contestar, mientras estudiaba la nueva situación planteada por las declaraciones de la muchacha.

El asesino la había reconocido. Y no era su padre. Weldon no habría registrado el equipaje de su hija —¿qué podía buscar?—; pero en el supuesto de que fuera él, podía tener la seguridad de que ella no le delataría. Pero tanto si se trataba de Foulham como de Neal, el desconocido surgido a última hora, entonces había motivos para que —cualquiera que fuese de los dos—, hubiese concebido sospechas acerca de Edna.

Si se trataba de Foulham cabía la posibilidad de que la hubiese reconocido debido al parecido con su madre, Jane Weldon. Si era Neal, la había visto con él en el vestíbulo de la casa, lo cual le había hecho recelar de Edna...; en realidad, desconfiaba de la muchacha, fuese quien fuese.

—¿Le ha faltado algo? —preguntó al cabo.

—No —respondió ella.

—¿Cómo ha notado que hubo registro?

—El... que fuese dejó algunas cosas desordenadas, no mucho, por supuesto; después de haberlo hecho, trató de arreglarlo lo mejor que supo. Si yo no estuviese sobre aviso, no lo habría notado, pero ya me esperaba algo, a decir verdad. Sobre todo, tenía un libro en la mesita de noche y —lo recuerdo perfectísimamente—, lo encontré en distinta posición que la que tenía antes del registro.

—¿Tenía usted en su equipaje algún documento en el que figure su auténtico nombre?

—No.

—Es raro —comentó Gleason—. Usted debería llevar encima la tarjeta de los seguros sociales, por ejemplo: quizá un pasaporte...

—Tengo un pequeño pisito en Londres, precisamente el que me

dejó tía Agatha a su muerte. Allí está toda mi documentación, Stuart.

—Pero usted no pudo llegar a Heeney House como una indocumentada cualquiera. ¿Trajo su coche? Es decir, si lo tiene.

—Sí, poseo un «Morris», pero lo dejé en Glasgow. El permiso de conducción está dentro del coche. Aquí llegué en el autobús de línea.

—Entonces, ¿cómo se presentó en Heeney House?

A pesar de sus preocupaciones, Edna consiguió esbozar una sonrisa.

—Naturalmente, traje referencias. Pero las redactó una amiga mía, la cual, comprensivamente, escribió Cormyn en lugar de Weldon. El médico que las firmó lo hizo al mismo tiempo que otros muchos papeles y no se percató de esa pequeña falsificación. Enseñé a Antserp dichas referencias y... así me quedé en la casa. —Su rostro expresó la ansiedad que sentía—. Estoy preocupada, Stuart —confesó sin rebozos.

Gleason se acarició la mandíbula pensativamente.

—No hay duda de que el asesino sospecha. Pero no tiene seguridad alguna de que usted sea una Weldon, debido a las afortunadas precauciones que tomó antes de llegar aquí. Es posible —añadió—, que sus sospechas se hayan disipado, aunque... personalmente, ¿qué opina usted de Antserp?

—Es bueno pero enérgico, muy autoritario en ocasiones. Una o dos veces increpó duramente a Clayton, por una torpeza que éste había cometido, pero luego se disculpó. A mí, personalmente, me trata bien, aunque cuando necesita una cosa, la quiere tener enseguida.

—Esa descripción de su carácter concuerda con la de Foulham —murmuró el detective pensativamente—. Si pudiéramos saber por qué volvió a Heeney House...

—Yo no me siento capaz de adivinarlo, créame, Stuart.

—Además —dijo él—, ahora hay otro nuevo elemento de confusión —explicó a la muchacha todo lo referente a Neal, sin olvidar el detalle de que había sido el autor de la fotografía del grupo.

—No puedo decirle nada al respecto —contestó Edna.

—Me lo imagino. Ya me lo dirá el inspector Harrogate. Y antes

que él Clara Grynne, quien debió conocerle, aunque sólo fuese muy superficialmente. —Gleason se pellizcó el labio inferior con gesto preocupado—. Si pudiéramos registrar la habitación de Antserp sin que éste se diese cuenta.

Hubo un silencio. De súbito, el joven dijo:

—¿Se atrevería usted a narcotizarlo. Edna?

La muchacha respingó. Luego, un tanto nerviosa, contestó afirmativamente.

—Trataré de hacerlo, aunque no sé cómo.

—Un par de tabletas somníferas en un vaso de leche después de la cena, por ejemplo —sugirió él.

—No me comprometo a nada, pero ¿cómo sabrá usted que he conseguido propinarle la droga?

Gleason reflexionó un momento.

—Como habré de acercarme muy tarde a Heeney House, me situaré a media milla de distancia, armado de mis prismáticos. Puede que no lo consiga esta noche, pero sí mañana o pasado. Yo esperaré la señal todas las noches hasta las doce... ¿A qué hora suele acostarse Antserp?

—Relativamente pronto, como todos —contestó—. Somos muy madrugadores; es rara la noche que nos dan las once en pie.

—Bueno, a fin de asegurarnos, pondremos hasta la una de la madrugada. Yo me situaré a la espera alrededor de las once de la noche. Si usted ha conseguido que Antserp se tome el somnífero, entre doce y media y una, usted apagará y encenderá cuatro veces las luces de una habitación cualquiera, cuya ventana o ventanas den a la aldea. ¿Ha comprendido?

Edna movió la cabeza afirmativamente.

—Las luces del vestíbulo servirán —contestó.

Impulsivamente, Gleason tomó las manos de la muchacha.

—Y, no se preocupe —dijo en tono persuasivo—, todo saldrá bien, Edna.

Ella se ruborizó ligeramente. Dejó sus manos entre las del joven unos instantes y luego las retiró con suave gesto.

—Tengo que irme ya, Stuart —anunció—. He de hacer las compras que me han servido de pretexto para llegar hasta Gwinster.

Gleason quedó en la taberna de la posada, consumiendo el resto

de su cerveza, mientras reflexionaba en todo cuanto acababa de hablar con Edna. Recordó a Neal y se preguntó qué papel había tenido el sujeto en aquella tragedia.

De pronto se le ocurrió una idea. Sus razonamientos le dijeron que debería ponerla en práctica lo más pronto posible.

Después del *lunch* de mediodía, salió disparado en su coche en dirección a Ely, donde permaneció algunas horas, hasta que revelaron el carrete de fotografías que había tomado. En la misma tienda de artículos fotográficos, adquirió una lupa y examinó las fotos con todo detenimiento.

Las imágenes junto al roble poseían un gran encanto. Sonrió, pensando en que tenía ya un pretexto plausible para acercarse a Heeney House: entregar a la muchacha una reproducción. Verdaderamente, el árbol y Edna eran dos detalles, junto con la brisa que hacía ondear los cabellos y el vestido de la muchacha, que proporcionaban a la fotografía un singular atractivo. «Lástima que no hayan sido en color», se dijo.

De repente, vio algo que le llamó la atención.

La fotografía había sido impresionada en la cumbre de la loma. Dada la situación del trípode, había captado parte de los campos que había más abajo, no inmediatamente al pie de la colina, los cuales, junto con el camino, quedaban fuera de campo, sino los más alejados por razón de su perspectiva. A una distancia de un cuarto de milla, aproximadamente, aparecía la imagen de un hombre.

Sólo se veía merced al aumento de la lupa y no se captaba de él ningún otro detalle. De no haber sido por el cristal óptico, ni siquiera hubiera advertido la presencia del sujeto en la imagen; parecía un poste pequeño o un arbusto de poco grosor y de la estatura, aproximada de un ser humano.

Reflexionó durante unos momentos. Las fotografías habían sido positivadas a tamaño postal. Podía hacerse una ampliación aún mayor, por supuesto, pero, dada la distancia a que se hallaba el sujeto, aun contando con la bondad del objetivo de la cámara y de la emulsión fotográfica de la película, los detalles se habrían dispersado inevitablemente sin conseguir ninguna ganancia real. «Si pudiese verle las facciones...», pensó.

De todas formas, antes de ordenar la ampliación, decidió proseguir el estudio de la positiva.

—¿Por favor —pidió al dependiente que le había atendido—, no tendría una lupa de mayor potencia?

—No faltaría más —accedió el vendedor cortés. La nueva lupa le reveló un detalle que le dijo era innecesario realizar otra ampliación del negativo: el sujeto estaba contemplándoles a través de unos prismáticos, los cuales, en la postura que tenía, actuaban de máscara de sus facciones. Trató de buscar los detalles del rostro que pudieran quedar visibles bajo los prismáticos, pero el ángulo convergente de los brazos al sostener los prismáticos arrojaba una gran cantidad de sombras sobre la parte inferior del rostro, de modo que no pudo ver si debajo de la nariz había bigote y perilla o una gran barba. Prácticamente, podía afirmarse que si se sabía que el hombre estaba observándoles a través de unos prismáticos, era más bien por la postura de sus brazos, que no porque se viesan definitivamente los mismos.

—Eso es todo, muchas gracias —dijo, al terminar sus conclusiones. La nota, por favor.

Abonó el importe del trabajo fotográfico y de la lupa y luego, cargando con todo, regresó al «Austin». Cuando entraba en Gwinster, era ya de noche.

Dejó el auto frente a la posada y se dirigió a la comisaría. Jamie le atendió: McFadden estaba cenando.

—Haga el favor de abrirme la puerta de la celda de la señora Gwynn —rogó.

—Al momento, señor Gleason.

Clara estaba tendida en el camastro, con las piernas envueltas en una manta.

—El tabaco se me está acabando —dijo, casi sin mirarle—. Aquí se fuma mucho, polizonte.

—Usted ha leído muchas novelas policíacas —contestó el joven, entregándole un cigarrillo ya encendido—. ¿Todavía sigue esperando a Foulham?

Clara no contestó. Gleason apoyó un pie en el final del camastro y encendió su pitillo.

—Cuando era joven, es decir, hace quince años, usted debió forjarse muchas ilusiones con Foulham. Tal vez, casarse con él y abandonar esta aldea cuyo peso, hablando metafóricamente, la aplasta. Después de aquellos sucesos, sus ilusiones se disiparon, y

andando el tiempo, se resignó a casarse con Andy Gryn. Más tarde —siguió Gleason, impasible—, reapareció Foulham bajo la capa de Antserp, y sus ilusiones se reactivaron. Bien es cierto que él ronda los cincuenta y cinco años, quizá alguno más, pero se conserva en bastante buen estado. Sobre todo, lo que más le interesa es callar; así, logrará ser puesta en libertad y un buen día, Foulham, en agradecimiento, se casará con usted y se la llevará de Gwinster. ¿No es así cómo piensa usted, Clara?

La mujer le dirigió una larga y silenciosa mirada. Luego volvió toda su atención al cigarrillo que estaba fumando.

—Clara —preguntó el detective de repente—, ¿qué sabe usted de Mortimer Neal?

CAPÍTULO XIII

Sobrevino un momento de silencio, tras la pregunta del detective. Clara sacudió la ceniza del cigarrillo fuera del camastro y luego inquirió:

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—Me lo ha dicho Jamie McPeel, el entonces repartidor de leche y comestibles. Estaba presente el día en que Neal tiró la placa. Usted figura también en esa fotografía. Salía a recibir a Jamie, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y bien?

—No sé mucho de Neal. Acababa de llegar y... desapareció cuando se produjeron aquellas muertes.

—¿Murió también allí?

—Ya le he dicho que...

—Foulham le ordenó que callase todo lo relativo a Neal, ¿no es verdad? Tal vez aquella misma noche usted acudió a Heeney House a sostener, como muchas otras veces, una entrevista furtiva con Foulham y se encontró con aquel cuadro. Foulham le recomendó silencio y le dijo que iba a fingir su muerte: que tuviese paciencia y que ya se reuniría con usted, cuando tuviese la seguridad de que no podía ser detenido. Usted accedió, pero el tiempo pasó y Foulham no regresó... Es decir, tardó quince años en volver. ¿Quién murió aquella noche en la casa? ¿Neal o Weldon? Si fue Neal, ¿qué le ocurrió a Weldon?

Los ojos de la mujer resplandecían de un modo singular. Gleason se dio cuenta de que estaba acercándose a la solución del enigma. Sólo faltaba apretar las clavijas un poco más y Clara hablaría y relataría todo cuanto sabía.

Se puso en pie, sonriendo.

—Acabaré por saberlo todo —dijo—. Volveré mañana.

—Cuando guste —contestó ella secamente—. Pero seguirá perdiendo el tiempo.

—Ya lo veremos —contestó él llanamente.

Regresó a la posada y cenó. A continuación, subió a su cuarto y tomó la funda con los prismáticos en su interior. Dijo que se iba a dar un paseo y salió a la calle.

Media hora más tarde, estaba apostado a media milla de la casa, precisamente bajo los olmos donde había muerto Andy Gryn. Armándose de paciencia, extrajo los gemelos de la funda y se dispuso a esperar.

Sólo había una luz encendida, la cual se apagó treinta minutos después. Al cabo de dos horas, no se había producido ninguna alteración en el panorama.

Pasó un rato más. Gleason consultó su reloj, hallando que eran las doce y media. A la una y cuarto, se retiró.

Cuando estaba a un cuarto de milla de la aldea, sumida en un profundo silencio, vio brillar una luz muy blanca e intensa, seguida instantáneamente de un horrible chillido.

El alarido era horripilante y duró menos de medio minuto, extinguiéndose casi al instante. Pero el resplandor duró bastante más tiempo, con algunas alternativas de color cárdeno, aunque el blanco era el tono predominante, un blanco muy extraño, precisamente por su misma intensidad y duración.

Se oyeron gritos de alarma en Gwinster. Presintiendo que algo horrible había ocurrido, Gleason se lanzó a la carrera hacia adelante, cubriendo los cuatrocientos metros en un tiempo brevísimo.

Cuando llegó a la aldea, se encontró con la cárcel en llamas. Entonces supo que, a pesar de sus precauciones, las sospechas acerca de la suerte de Clara Gryn, habían tenido trágica confirmación.

El asesino había preferido su seguridad al posible afecto de la mujer. Clara ya no le delataría.

Pasó bastante tiempo antes de que, por fin, pudiesen entrar en el edificio. Curiosamente, la parte delantera no había padecido apenas con los efectos del fuego. Incluso la otra celda vacía estaba relativamente indemne.

En la que había ocupado Clara hallaron algo que les produjo

náuseas: un montón de carne carbonizada, absolutamente irreconocible y que despedía un hedor espantoso. Aquello era cuanto quedaba de lo que había sido una hermosa mujer, que había querido encubrir al asesino.

El fuego había reducido el cuerpo a menos de la mitad de su tamaño normal. Gleason no se extrañó de un detalle semejante; harto sabía que eso es lo que suele ocurrir cuando una persona muere carbonizada, pero lo que le extrañó sobremanera era la fuente de calor que había producido unas consecuencias semejantes.

Al pie de la ventana halló los restos deformes de una lata, no muy grande, larga y estrecha, lo justo para poder ser introducida entre los barrotes. El metal estaba retorcido y abierto en muchos sitios, seguramente por los efectos de la sustancia combustible que había contenido.

McPeel entró y cubrió con una manta los restos de Clara. Fuera, en la oficina y en la calle, los comentarios eran un hervor continuo.

Una de las cosas que más le extrañó al joven fue que las paredes estuviesen completamente negras, pero relativamente indemnes. En cambio, algunos metales, sobre todo los de la armazón del camastro, presentaban señales de fusión. ¿Qué extraña sustancia había producido dentro de la celda un calor tan formidable, capaz de fundir los metales?

En un principio, había pensado en una simple lata de gasolina, con una mecha. La lata habría sido colgada suavemente de la reja por una cuerda, a fin de evitar el ruido que hubiera hecho al caer de golpe al suelo, ruido que habría despertado a Clara. La mecha habría prendido la gasolina y quemado luego la cuerda que sostenía el recipiente.

Pero tal vez Clara hubiese tenido tiempo de salvarse, aunque no sin recibir grandes quemaduras. Además, la gasolina no hacía nunca al arder una luz tan blanca. Parecía un resplandor de magnesio...

McFadden se inclinó de pronto al pie de la ventana y recogió algo, que examinó con aire perplejo.

—Vea esto, señor Gleason —dijo.

El detective tomó el objeto, que parecía un pedrusco del tamaño como la mitad de una mano, poroso, negro y muy ligero.

—Parece escoria... —murmuró, y de súbito, se volvió hacia el otro policía—. Jamie, usted estaba aquí cuando se produjo el

incendio.

—Sí, señor, así era.

—¿Cómo se enteró usted? Quiero decir, ¿cuáles fueron los indicios de que se había producido un incendio?

—Verá, señor —contestó Jamie— yo estaba durmiendo en el diván de la oficina y me despertó un grito horrible de la pobre señora Gryn. Me levanté apresuradamente y, a medio vestir, corrí en su auxilio, creyendo que le había pasado algo malo. La verdad es que ya no pude entrar siquiera en el pasillo; el fuego despedía un resplandor intolerable, que me dejó ciego durante unos momentos. Además, el calor era horrendo, jamás he sentido una cosa semejante. Me entró miedo, créame, y a trompicones, porque no veía nada, conseguí ganar la calle y pedir auxilio... No pudimos hacer nada hasta que el fuego se apagó por sí solo.

Gleason movió la cabeza afirmativamente, a la vez que hacía saltar en la mano el objeto negro que había recogido McFadden.

—Escoria de termita —sentenció.

—¿Cómo? —preguntaron los dos policías a un tiempo.

—Foulham era químico —lo es, recuérdelo—. Para un hombre como él, nada más fácil que preparar una pequeña bomba de termita, en las dosis convenientes. Sólo se necesitan gasolina, óxido de aluminio en polvo y magnesio, también en polvo. El magnesio, como sospechaba, es lo que produjo el resplandor blanco y la mezcla química total, al arder, el calor tan enorme que sintió Jamie. La termita se usa a veces para soldar metales por fusión y también, en la guerra, en las bombas incendiarias. Alcanza temperaturas cercanas a los dos mil grados centígrados y una bomba que contenga solamente mil cuatrocientos gramos, puede arder durante quince minutos. Si se hubiera empleado solamente gasolina, Clara hubiese tenido probabilidades de salvarse, aun a costa de graves quemaduras, aparte de que, el espacio que hay entre los hierros de la reja no hubiese permitido introducir una lata lo suficientemente grande para conseguir los propósitos del criminal. En cambio, con la termita, bastó un kilo o menos para matarla. Su grito no duró mucho, ¿verdad?

Jamie movió la cabeza afirmativamente.

—Debió perder el sentido casi en el acto —opinó Gleason—. Y su muerte no tardó en llegar más de un par de minutos.

Los dientes de McFadden crujieron.

—¡Ahora mismo iré a Heeney House y...! Gleason contuvo los ímpetus del viejo policía.

—No tenemos pruebas todavía de que fuese Antserp el asesino. Repito que es preciso moverse con mucho tacto, para no cometer un error que pueda sernos fatal.

—Pero es que corremos el riesgo de que huya —alegó McFadden.

—No —contradijo Gleason.

—¿Por qué?

—Antserp lleva ya cuatro meses en Gwinster. Vino aquí a buscar algo, no lo sé, pero no lo ha encontrado aún y eso es lo que le retiene en su casa. Si lo hubiese hallado, ¿no creen que ya se habría marchado hace mucho tiempo?

Los razonamientos del joven estaban impregnados de lógica. Tascando el freno, McFadden hubo de acceder a lo que le pedía Gleason.

—Recoja todas las pruebas que pueda y guárdelas cuidadosamente —aconsejó el detective—. Es una suerte, en medio de todo, que esta casa sea de piedra; en otro caso, habría ardido hasta los cimientos.

—Por eso el incendio quedó circunscrito a un espacio tan pequeño, como la celda de Clara Grynne —comentó McPeel.

—Así es. La termita emite un calor intensísimo, pero de radio relativamente limitado. Las paredes de esta celda son de piedra y sólo hay, además, una reja que la cierra. De otra casa cualquiera, repito, no quedarían ni los cimientos.

—Tener un asesino suelto en Gwinster no es cosa que me satisfaga mucho —se quejó McFadden.

—No estará suelto por mucho tiempo —aseguró Gleason con énfasis.

Era ya casi de día cuando, por fin, regresó a su habitación. Cuando abrió la puerta, la encontró bastante revuelta.

Por unos momentos se quedó parado. Era evidente que el asesino había estado allí, aprovechando la confusión provocada por el incendio en la cárcel, había registrado su dormitorio.

—Esto es lo que se llama matar dos pájaros de un tiro —murmuró el joven a media voz.

Le preocupó el registro. Ello indicaba que Antserp sospechaba de él. Pero, al mismo tiempo, le hizo ver que el asesino se sabía en peligro y quería evitar cuanto pudiera perjudicarlo.

¿Qué tenía en su dormitorio que pudiera interesarle?

Lo supo poco después, cuando vio que, del conjunto de fotografías que Edna le había entregado, faltaba precisamente la del grupo. Las otras habían quedado allí, pero el asesino se había llevado la cartulina con las imágenes de Foulham, los Weldon y Clara.

Sonrió, ya que contando con una eventualidad semejante, había reproducido aquellas fotografías y tenía sendas copias guardadas en un compartimiento especial de la funda de los prismáticos. Pero, al mismo tiempo, volvió a sentirse preocupado de nuevo.

¿Reconocería el asesino a Edna?

Meditó unos instantes. Al fin llegó a la conclusión de que era muy posible que el asesino supiese que él era un policía, destinado a investigar las muertes cometidas quince años antes. Por tanto, nada más natural que tener aquellas fotografías en su poder, encontradas en las investigaciones preliminares a su llegada a Gwinster.

Se sintió más tranquilo respecto a Edna, pensando en que, además, la muchacha no le podía acusar de nada, ya que no servía como testigo, al menos de acontecimientos muy anteriores a los actuales. Pero ello le dijo que Antserp, forzado a continuar en Gwinster por motivos que ignoraba, trataría de eliminarle a él ahora, suprimiendo así el más importante obstáculo que se había alzado en su camino.

Era ya de día cuando se tendió en la cama, fatigado después de una dura jornada, en la que era preciso incluir una noche entera en cama. Antes de un minuto dormía como un tronco.

La señora Loonigan le despertó poco antes de mediodía.

—No lo hubiera hecho —se excusó—, pero llegó este telegrama y me pareció conveniente entregárselo.

—Ha hecho bien —alabó él, abriendo el sobre que contenía el mensaje.

Era del inspector Harrogate y decía:

«MORTIMER NEAL RESIDIÓ HASTA EL 12 MAYO
1949 EN 317. BEACHY STREET, CHELSEA, EN QUE SE

AUSENTÓ PARA TOMAR NUEVA COLOCACIÓN.
PUNTO. DUEÑA PENSIÓN QUE HABITABA
MANIFIESTA NO LE INDICÓ SU DESTINO Y NO
HABER VUELTO A TENER MAS NOTICIAS DE ÉL.
PUNTO. HARROGATE».

Esto confirmaba las sospechas de Gleason. Neal había muerto también en Heeney House.

Pero, entonces, ¿qué había sido de Frank Weldon, el padre de Edna?

—Señor Gleason, la señorita Weldon está esperándole abajo. Dice que es muy urgente.

Edna extendió sobre la mesa un papel amarillento por el paso de los años y dijo:

—Lo encontré ayer, hurgando entre unos libros viejos que pertenecieron, sin duda, a la biblioteca original de Heeney House. Los libros estaban guardados en un armario viejo y, al verlo, se me ocurrió que tal vez allí podía encontrar un dato que nos facilitase la solución del enigma.

—¿Cree usted que el plano de la casa nos ayudará? —preguntó él.

—Sí —afirmó Edna rotundamente—. Vea este punto que he subrayado con un círculo rojo. Conozco bien el edificio y...

—Veo una puerta y una habitación, en el piso superior —murmuró el joven.

—La puerta estaba cerrada con llave. Forcé la cerradura y... ¿qué cree que encontré al otro lado?

—No lo sé. Dígamelo usted.

—Una tapia de ladrillos. La entrada a esa habitación está condenada. ¿No cree usted que merecería la pena derribar esa tapia?

Gleason se frotó la mandíbula.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche —respondió Edna con decisión.

CAPÍTULO XIV

—¿Narcotizará a Antserp?

—A todos. —Los ojos de la muchacha fulguraban. Gleason vaciló.

—Si sólo se tratase de Antserp se le podría hacer creer que durmió muy profundamente arguyó. —Pero, además, habrá de adormecer también a Clayton y a las dos mujeres. Esto provocará comentarios a la mañana siguiente y...

—No me importa correr todos los riesgos —respondió la muchacha con los ojos muy brillantes—. Quiero saber lo que les pasó a mis padres... deseo que el nombre de Frank Weldon no sea considerado como el de un asesino. Si no me ayuda usted, yo misma derribaré la tapia y veré qué hay al otro lado.

—¡Espere un momento! —rogó él, examinando el plano con más atención—. Aquí veo que la estancia dispone de una ventana. ¿No sería mejor entrar en ella por el hueco?

—Lo sé. La ventana es muy estrecha y está en alto, sin embargo.

—Yo puedo procurarme una escalera —manifestó Gleason—. Sería preferible no dormir más que a Antserp y, aun si pudiéramos, ni a éste siquiera. ¿Dice que ha visto la ventana desde afuera?

—Sí. Ya no tiene cristales, de modo que no sería difícil entrar, a no ser porque es muy estrecha. Yo podría pasar, vestida con ropas adecuadas, por supuesto.

—Tendré que hacer ejercicios de contorsionismo —sonrió él. Y luego preguntó—: ¿Ya se ha enterado de lo que ha ocurrido esta noche?

Edna movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —murmuró con voz sorda—. Es horrible; ese hombre...

—Sólo necesitamos las pruebas precisas para ajustarle las cuentas —declaró Gleason—. A propósito, ¿sabe que nos estuvo espionando mientras hacíamos las fotografías en la colina del roble?

Los ojos de la muchacha expresaron el asombro que sentían.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

Aguarde un momento, por favor.

Gleason se puso en pie. Unos minutos después, volvía con la fotografía y la lupa, objetos ambos que puso en manos de Edna.

—No es por alabarme, pero ha resultado una composición bastante agradable —dijo él—. Ahora, fíjese en este puntito que se ve al fondo, arriba y un poco a la derecha del cuadro.

Edna examinó la fotografía con suma atención.

—No se ve quién es —dijo al cabo.

—Ya lo sé. Pero no cabe duda de que el sujeto recela. Se lo confirmaré, diciéndole que esta noche, mientras ardía la celda de Clara Gryn, estuvo en mi dormitorio y se llevó la fotografía del grupo que usted me entregó.

El rostro de la muchacha se demudó.

—Entonces, habrá visto las otras y me reconocerá —dijo.

—Es posible, aunque no probable —repuso Gleason—. Lo más seguro es que piense que soy un agente del Yard, en efecto, pero, por la misma razón, sabe que nuestras investigaciones son muy minuciosas y creerá que yo llegué a Gwinster armado ya con esas fotografías. No obstante, le recomiendo esté prevenida. ¿Tiene usted ahí su bolso?

—Sí —contestó Edna, sin saber adónde quería ir a parar el detective.

Disimuladamente, Gleason sacó la pistola y se la enseñó a la joven.

—Está lista para funcionar —dijo—. No tiene más que mover esta palanquita, que es el seguro, y con apretar el gatillo, bastará para que salga el tiro. Sin embargo, le recomiendo que no la use sino en caso de extrema necesidad.

—Nunca me han gustado las armas de fuego manifestó Edna, —pero esta pistola me hace sentirme mucho más confortada.

—Lo celebro. Y ahora, vuélvase a casa. Espéreme alrededor de las doce de la noche en las inmediaciones de la ventana. Yo estaré vigilando desde que oscurezca; si usted viese que existen inconvenientes para registrar la habitación, haga señales con la luz de un cuarto.

—Conforme.

Al marcharse la muchacha, Gleason subió de nuevo a su habitación. Buscó las copias de las fotografías que le había entregado Edna y pasó largo rato examinándolas, en especial las del grupo de las cuatro personas, incluso a ratos con la lupa. Fue un estudio profundo, exhaustivo, hasta el punto que se sentía capaz de reproducirlas de memoria si se lo hubiesen pedido.

McFadden se encargó de proporcionarle la escalera, que Jamie le llevó fuera de la aldea, hasta un punto convenido de antemano, a fin de evitar la extrañeza de la gente al verle cargado con el utensilio. A las diez de la noche se reunió con el joven policía, quien le deseó la mejor suerte posible.

Gleason caminó hasta el cerrillo de los olmos, en el que aguardó a que dieran las once y media de la noche, sin que Edna le hubiese hecho la menor señal de peligro. Cargó con la escalera, que medía casi seis metros de larga, y se dirigió rectamente hacia Heeney House.

Edna le salió al encuentro y le guió hasta la pared en que se encontraba la ventana. Gleason llevaba colgada del cinturón una potente linterna eléctrica y alumbró la ventana durante un corto espacio de tiempo. Efectivamente, estaba en un lugar poco conspicuo, de modo que no era extraño que nadie de los que habitaban actualmente la casa se hubiese fijado en ella. Por otra parte, era preciso tener en cuenta que el edificio había permanecido deshabitado durante largos años y, además, había habitaciones de sobra para que sus actuales ocupantes sintiesen necesidad de más espacio.

Apoyó la escalera contra la pared. Su extremo superior llegaba justo al nivel del alféizar.

—Yo subiré primero —susurró la muchacha, quien se había puesto pantalones y un *pullover* oscuros.

Edna emprendió el ascenso. Momentos después Gleason escuchaba desde arriba un tenue susurro.

El joven la siguió. Torció el gesto: la ventana era poco más que una aspillera.

A fin de poder maniobrar mejor, se quitó la chaqueta, que entregó a Edna, quien ya se hallaba en el interior. Luego, colocándose de costado, empezó a introducirse, ayudado por la propia muchacha. Le costó rasgarse la espalda entera de la camisa,

pero al fin logró posar sus pies en el suelo de la estancia.

Encendió la linterna y paseó el haz luminoso en todas direcciones. De pronto, Edna emitió un gemido apenas sofocado.

—Cállese —ordenó él perentoriamente, aunque en voz baja—. Vea lo que vea, no haga el menor ruido.

Tendido en el centro de la habitación se divisaba un esqueleto, cubierto con algunas hilachas de ropa. Los rayos de luz se posaron insistentemente sobre los huesos. Edna se tapó la cara con las manos y se volvió de espaldas.

El suelo de la habitación estaba cubierto de una espesa capa de polvo. Gleason ya se había dado cuenta de que era un cuarto trastero, enteramente desprovisto de muebles, salvo unos objetos oblongos que divisó en un rincón y que se prometió examinar más tarde. Por el momento, toda su atención se hallaba centrada en los restos del sujeto que había muerto allí... ¿cuántos años antes?

Se arrodilló junto al esqueleto, examinándolo atentamente. Caído entre las costillas, divisó un cuchillo completamente cubierto de herrumbre. El origen de la muerte del individuo se le apareció completamente claro.

Para Gleason, no cabía la menor duda de que el hombre junto a cuyos restos se hallaba arrodillado era uno de los protagonistas del drama acaecido quince años antes. ¿Quién era: Foulham, Weldon o Neal?

De pronto, divisó en su mano derecha un objeto que brillaba un tanto, pese al transcurso del tiempo. Era una alianza matrimonial, que se hallaba aún entre las descarnadas falanges del dedo anular.

Extrajo el anillo y, dejando la linterna en el suelo, sacó un pañuelo a fin de limpiarlo lo mejor posible.

—¿Ha descubierto quién es? —preguntó Edna, todavía vuelta de espaldas.

—Un momento, por favor —rogó él.

El polvo quedó eliminado al fin. Entonces, con ayuda de la linterna, Gleason leyó la inscripción que había grabada en el anillo.

DE JANE A FRANK. AMOR. 5-4-1942.

Ya no había la menor duda; eran los restos del padre de la muchacha.

Se puso en pie y se acercó a ella con el anillo en la mano.

—Edna —murmuro.

Ella se volvió ligeramente. Gleason puso el anillo bajo luz de la lámpara.

—Sea fuerte, —aconsejó en tono consolador.

Ella tomó el anillo con dos dedos. Estaba visiblemente agitada, pero hacía grandes esfuerzos por contenerse.

—Yo tengo el de mi madre —murmuró—. La inscripción es la misma, salvo que varía el orden de los nombres. «De Frank a Jane». No cabe la menor duda, ¡es él!

Y, de repente, sin poder contenerse, se abrazó al joven, apoyó la cabeza en su pecho y empezó a llorar con gran congoja.

Gleason dejó que pasaran unos minutos, hasta que Edna, de por sí, se hubo tranquilizado. Cuando vio que su llanto decaía, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó.

—Si no se siente con ánimos, váyase junto a la ventana y espéreme allí. Yo voy a examinar las maletas que hay en aquel rincón —dijo.

Edna inspiró fuertemente.

—No. Ya se me ha pasado bastante. Fue... el choque lógico de haber sabido, por fin, la suerte que corrió mi padre.

—Foulham lo trajo aquí, después de apuñalarlo... o quizá lo mató en este mismo lugar y después tapió la entrada. Pero no puedo comprender por qué lo hizo de una manera, en apariencia, tan absurda.

Hizo una pausa.

—En fin, ya lo averiguaremos más adelante. Veamos ahora esas maletas.

Se dirigió al rincón opuesto y alumbró las maletas, que eran dos. El cuero estaba ya mohoso y podrido en algunos sitios. Aun así, le fue fácil encontrar una etiqueta con el nombre de Mortimer Neal.

Examinó el interior de las maletas, en las cuales no halló otra cosa que ropajes, que se deshacían apenas se tocaban con los dedos. El enigma se iba desvelando poco a poco.

Era evidente que Neal había sido asesinado también y que su cuerpo había sido tomado por el de Foulham, mientras, quizá, Weldon, el acusado de los asesinatos, estaba aún vivo. Pero ¿por qué había de morir Jane Weldon? ¿Acaso para hacer más real la historia y justificar la supuesta acción de Weldon, achacándole

ambos asesinatos a causa de los celos?

Ya no le cabía la menor duda de que Clara había sido cómplice de Foulham, si no activa, por lo menos, callando lo que ya sabía en aquel tiempo, esperando que él la llamase algún día, para reunirse ambos y así abandonar el aldeano ambiente de Gwinster, que la asfixiaba. Pero la espera de Clara había durado quince años, concluyendo bruscamente con la deflagración de una carga de termita.

Las ropas de Neal no le dijeron nada de particular. Foulham las había guardado allí, ignorante de que aún quedaba una maleta con libros en la posada, que Neal había dejado en espera de poder enviar por ella. Pero ya no lo había hecho y antes de que nadie la reclamase, se habían producido aquellos trágicos acontecimientos. Ahora podía servir como prueba de su paso por Gwinster e, indirectamente, por Heeney House.

—Tenemos que irnos ya —murmuró, incorporándose, a la vez que se limpiaba maquinalmente el polvo de las rodillas—. Edna.

—¿Sí, Stuart?

El joven tomó uno de sus brazos y la miró fijamente.

—Debe ser valiente —dijo—. Por ahora y, a fin de no despertar sospechas en el criminal, los restos de su padre tienen que quedar aquí. Cuando hayamos descubierto y detenido a Foulham, les daremos digna sepultura, junto a los restos de la mujer que tanto amó.

Ella volvió a abrazarle de nuevo. Lloró otro poco y al fin se secó las lágrimas.

—Sí, Stuart, usted sabe mejor que yo lo que es preciso hacer.

—Gracias, Edna. ¿Vamos?

Se acercaron a la ventana. De pronto, cuando Gleason se disponía a subirse al alféizar, notó un crujido seco bajo sus pies.

—Cuidado —advirtió Edna en voz baja—; las tablas del suelo están carcomidas.

Hasta entonces, Gleason apenas si se había dado cuenta que el pavimento de la estancia era de madera, un viejo «*parquet*» que, descuidado, se hallaba podrido y carcomido por todas partes. En aquel punto, sin embargo, la tabla sobre la cual había apoyado los pies había cedido parcialmente.

Fue la curiosidad lo que le impulsó a arrojar un vistazo al suelo,

más bien por buscar un trozo más firme que por otra cosa. Pero, de repente, advirtió que la fractura de la tabla era recta y no astillada, como hubiera sido lógico esperar que sucediese en tales condiciones.

—¿Qué es esto? —murmuró, sumamente intrigado.

Gleason no podía olvidar que era policía. Entregó la lámpara a la muchacha y se puso de rodillas.

—Alúmbreme, Edna, por favor, —pidió.

La muchacha obedeció mientras él, con las manos, terminaba de arrancar el trozo de tabla. Uno de sus extremos, el que había cedido, estaba cortado transversalmente con sierra, con toda normalidad. El otro, a unos setenta centímetros, cedió con seco crujido, astillándose al ser levantada por las fuertes manos del detective.

Un negro hueco apareció ante los ojos de la pareja. En el fondo, sobre la tierra del pavimento que había bajo el «*parquet*», divisaron una bolsa de hule, muy bien atada y envuelta, a fin de preservar su contenido de la humedad.

Gleason frunció el ceño. ¿Qué había en el interior de la bolsa?

Sacó del bolsillo un cortaplumas y, después de abrirlo, cortó las cintas que mantenían cerrada la bolsa. Al abrirla extrajo de su interior una gruesa libreta de tapas negras.

Abrió la libreta. Edna dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Es letra de mi padre, Stuart!

El joven la miró asombrado.

—¿Está segura?

—Segurísima. Todavía conservo en casa algunas cartas tuyas que me dirigía cuando yo era niña y vivía con tía Agatha. No puedo equivocarme, se lo aseguro.

Gleason apretó los labios, mientras examinaba la libreta, cuyas páginas estaban cubiertas de fórmulas matemáticas y signos químicos. Empezó a sospechar que, al fin, había hallado los motivos de la vuelta del asesino a Gwinster.

Permaneció unos momentos pensativo, mientras movía la libreta maquinalmente. Había dos hombres en la casa, uno de los cuales era Foulham, pero no tenía medio de probarlo.

Ni siquiera podía acusar al culpable —Antserp, naturalmente—, sin una base sólida e indestructible. Era preciso encontrar el modo

de demostrar su culpabilidad, pero... ¿cómo, dónde, cuándo y de qué manera?

—¿Stuart? —murmuró Edna, impaciente.

—Lo siento —dijo él—; estaba distraído, pensando...

—En Foulham.

—Sí —Gleason se mordió los labios—. Si pudiese hallar el modo de tender a Antserp una trampa, atraerle a una celada...

—¿Por qué no telefonearle y decirle que hemos encontrado la libreta de notas de mi padre? Parecen fórmulas químicas de gran importancia y, a mi juicio, es eso lo que vino a buscar a Heeney House. Naturalmente —agregó Edna—, la llamada habría de ser anónima...

—No, Edna. Él sabe que la única persona que podía acusarle, Clara Gryn, está muerta. Por tanto, cualquier llamada o aviso que recibiese en tal sentido, sólo serviría para hacerle pensar en una trampa y, naturalmente, escapar sin la libreta. —Suspiró—. Tendré que discurrir algo durante el día. Quizá, mientras descanso ahora un poco, se me ocurra una buena idea.

Edna asintió. Momentos después, se hallaban al pie de la ventana.

Los dos jóvenes se contemplaron fijamente un momento. Gleason tomó con las suyas las manos de Edna.

—Tenga un poco de paciencia —pidió—. La solución ya no puede estar muy lejos.

—Sí, Stuart —contestó Edna confiadamente.

CAPÍTULO XV

Luke McFadden fue a la posada cerca del mediodía. Sin demasiados preámbulos, se metió en el dormitorio del joven, a quien despertó con no muy buenos modales.

—Vamos —rezongó el viejo policía—, son casi las doce; es hora ya de levantarse. Estoy devorado por la impaciencia.

Gleason se sentó en la cama, frotándose los ojos con las manos.

—Lo siento. Anoche vine muy tarde.

—Me lo imagino —dijo McFadden—. ¿Sirvió de algo la excursión?

—Sí. Encontramos los restos de Weldon.

El sargento se quedó con la boca abierta.

—Entonces, no es cierto que murió ahogado en la ciénaga.

—No. —Gleason echó las ropas de la cama a un lado, se sentó y se puso las zapatillas, y luego se acercó al antiguo lavabo que había en un lado de la estancia—. Foulham lo mató, presumiblemente, después de haber cometido los otros dos crímenes. O quizá antes, tanto da. Y también he averiguado por qué ha vuelto a Gwinster.

McFadden se sentó en la cama.

—Me deja usted de una pieza, Gleason.

El joven se humedeció la cara un poco. Luego, secándose las manos, miró a su visitante.

—Ahora sólo falta una prueba para poder formular una acusación en regla.

—Bastaría para ello, saber cuál de los dos es —apuntó McFadden—. O por lo menos, tener la seguridad de que Foulham se hace pasar por Antserp. En tal caso, podríamos detenerle preventivamente y tomarle las huellas digitales. Un sujeto de su calibre, debe tenerlas registradas en algún sitio, no digo que en Scotland Yard, pero sí en el Ministerio de la Guerra, por ejemplo, si hizo el servicio militar... que sí tuvo que hacerlo, ya que cuando el

último conflicto bélico debió servir en alguna unidad combatiente o algo por el estilo.

Gleason empezó a vestirse.

—Sí, es una buena idea. Y me parece que, como último recurso, tendré que hacerlo como usted indica.

—La secretaria es amiga suya. ¿Por qué no se lo sugiere? Bastaría un simple vaso, una pequeña plancha de metal, una cartulina fina o un trozo de papel satinado... No es difícil, digo yo.

El joven se abotonó la camisa. Luego, buscó la bolsa de los prismáticos y sacó las fotografías de su interior. Había una mesa en el dormitorio y las arrojó encima, con gesto casi irritado.

—Ahí tenemos a Foulham retratado —masculó—. Pero no hay manera de relacionarlo con Antserp. Son quince años y... ¡Maldita sea!

McFadden se levantó y tomó la fotografía del grupo y la lupa, mientras Gleason se anudaba los cordones de los zapatos.

—Pues ninguno de los dos tipos que hay en Heeney House se parece a Foulham, si quiere que le diga la verdad —masculó el viejo policía—. Y no vamos a ir allí a preguntarles: «¿Oiga, es usted Foulham? Ande, diga que sí, que tenemos necesidad de cambiar con usted unas palabritas». Naturalmente, Antserp y ese viejo pelón de Clayton dirán que nones.

Gleason se levantó de un salto.

—¡Señor McFadden! —exclamó vivamente.

El policía se volvió hacia el joven.

—¿Qué le pasa? ¿He dicho alguna inconveniencia?

—¿Inconveniencia? —rió Gleason, arrebatándole la fotografía y la lupa—. ¡Caramba, pero si ha dado con la solución! La teníamos delante de nuestras narices y no la supimos ver.

—No me diga —gruñó el sargento.

Una sonrisa de satisfacción floreció en los labios de Gleason.

—Señor McFadden, en nombre de Scotland Yard, le requiero para que me preste toda su colaboración a fin de detener al autor de tan execrables crímenes. Y vamos a hacerlo ahora mismo, antes de que tenga tiempo de escapar.

—¡No faltaría más! ¡Vamos, pronto! —exclamó McFadden sumamente excitado.

Gleason terminó de vestirse y se echó al bolsillo la fotografía y

la libreta de apuntes de Weldon. Un momento después, los dos hombres corrían escaleras abajo.

Montaron en el coche del joven. Gleason lo puso en marcha, pero lo detuvo a los pocos metros.

Jamie McPeel estaba en la puerta de la comisaría, vigilando los trabajos de restauración.

—Suba, Jamie —ordenó el joven. Podían necesitar refuerzos.

McPeel no se hizo de rogar. Gleason arrancó de nuevo y lanzó el «Austin» a toda velocidad en dirección a Heeney House.

Avistaron la casa unos minutos más tarde. Gleason metió el coche por el sendero que conducía a la puerta y lo detuvo frente a la misma. Abrió la portezuela y, sin detenerse, saltó al suelo y corrió hacia la entrada de la casa.

McFadden y Jamie le siguieron en el acto. Gleason estaba llamando ya al timbre.

Abrió la doncella y les miró con extrañeza.

—Haga el favor de avisar a la señorita Cormyn —ordenó el joven—. Dígale que es muy urgente.

—Sí, señor.

Los tres hombres esperaron unos instantes en el amplio vestíbulo. Edna compareció a los pocos momentos, mirándoles con cara de susto.

—¿Qué pasa, Stuart? —preguntó.

Gleason la cogió por el brazo.

—Ahora ya estás a salvo —dijo—. Esto era lo más importante para mí.

—¿Has descubierto por fin las pruebas? —preguntó ella, tuteándole, inconscientemente.

—Sí. Por lo menos, el modo de identificar a Foulham.

—¿Es Antserp?

Gleason no tuvo tiempo de contestar. En aquel instante, Antserp y Clayton aparecieron en el vestíbulo.

—¿Qué sucede? —preguntó el primero—. ¿Por qué nos ha abandonado usted tan precipitadamente, señorita Cormyn? Sabe que estábamos realizando un experimento muy importante y...

—Perdone, doctor —le interrumpió el joven—. Hemos venido aquí en nombre de la Ley. Soy detective de Scotland Yard y he venido a detener al hombre que, hace quince años, cometió tres

muerter en esta casa, y ahora, en una semana, ha matado a dos personas más. Me refiero, naturalmente, al doctor Foulham, ahora bajo la apariencia y el nombre de Clayton.

Antserp se volvió hacia su ayudante, mirándole con gesto de enorme sorpresa.

—¡Clayton! —exclamó—. ¿Usted...?

El químico se encrespó.

—Ese muchacho no sabe lo que se dice —rezongó—. Ávido de notoriedad, a costa de un hombre honrado.

Calmosamente. Gleason sacó del bolsillo la libreta de tapas negras y se la enseñó a Clayton.

—Tal vez era esto lo que usted buscaba y que no encontró en el momento de cometer aquellos tres asesinatos. Debe ser muy importante, cuando le ha obligado a volver a Heeney House, quince años después, ¿no es cierto, doctor Foulham?

Clayton apretó los dientes.

—No soy Foulham —contestó—, y no tengo nada que ver con esa libreta.

Gleason sacó la copia de la fotografía del grupo se la entregó.

—Puede quedársela —dijo—. Tengo el negativo, así que no me importará en absoluto que la destruya, como, seguramente, habrá destruido la que me quitó en mi habitación de la posada, original de ésta, aprovechando la confusión producida por el incendio que mató a Clara Gryn. Se ve claramente ahí quién era usted hace quince años... cuando el pelo le empezaba a clarear, síntoma indudable de la calvicie casi total que ostenta hoy su cráneo. —Se volvió hacia McFadden—. Sargento, muchas gracias por su frase de «Ese viejo pelón de Clayton». Fue la que me hizo ver claro y averiguar, por fin, la identidad del criminal.

Edna miró horrorizada a Clayton, cuyo rostro había adquirido la palidez de la cera.

—¡Fue usted el que mató a mis padres! Clayton se rindió.

—Sí —murmuró, bajando las manos a lo largo de los costados—. Yo lo hice. Yo maté a los tres... y también a los esposos Gryn.

McFadden dio un paso hacia adelante, con las esposas en la mano. Gleason le contuvo.

—Déjemosle que se explique —dijo—. Hable, Foulham.

Ahora comprendía el joven la mirada que Clara le dirigió

cuando le dijo que sospechaba de Antserp. La sorpresa de Clara se debía al error de identificación, no a haber descubierto la verdadera identidad del criminal. Y ella se había cuidado muy bien de no deshacer tal error.

—Hable, Foulham —insistió el joven, llamándole por su nombre verdadero.

—No hay mucho que contar. Yo ambicionaba... el contenido de esa libreta. En cierto modo, aun siendo Weldon mi ayudante, nuestras investigaciones eran un tanto independientes. Él se negó a entregarme el resultado de sus experimentos. Perdí la cabeza... y le clavé un cuchillo. Estábamos solos en el laboratorio. No me vio nadie, ni siquiera Neal, recién llegado, que estaba en aquellos momentos en su habitación, arreglando el equipaje.

»Llevé el cuerpo de Weldon a aquella habitación. Su esposa no creyó que había salido para Glasgow en busca de unos elementos químicos que necesitábamos. Conocía nuestras diferencias y temió lo peor. Me acusó de la muerte de su esposo... perdí la cabeza y la golpeé, en el momento en que entraba Neal.

Foulham hizo un gesto.

—Cuando se comete una muerte, hay que ocultarla como sea. Una, dos más, ¿qué más da? Neal también murió. Entonces se me ocurrió la idea de hacerme pasar por muerto y achacar las dos muertes a Weldon, por celos... cosa que era incierta, por supuesto. Naturalmente, tuve que hacer todo lo preciso para que no se pudieran identificar los muertos. Me puse un traje de Neal y a éste le vestí con mis ropas. Luego...

—¡Por favor! —gimió Edna.

Gleason la atrajo hacia sí. La muchacha ocultó la cara en su pecho.

—Siga, Foulham —dijo Gleason con voz dura.

—Clara me ayudó a tapiar la habitación. Podía confiar en ella. Le dije que la llamaría pronto y nos reuniríamos. Ella fue la que se encargó de decir a la señora Loonigan que Neal se había marchado urgentemente unos días y que no tardaría en volver. Por supuesto, Neal no volvió y, dado que apenas si había estado unas horas en Gwinster, nadie se preocupó de él. Después, me puse unos zapatos de Weldon y fingí que se había ahogado en el pantano. Escapé...

—Y volvió al cabo de quince años. Esta libreta —Gleason la

blandió—, le obsesionaba demasiado. ¿Qué pasó con Andy Grynne?

Una amarga sonrisa curvó los labios de Foulham.

—Recelaba de Clara. Estábamos citados aquella noche en la colina de los olmos. Clara estaba impaciente por marcharse de Gwinster. Lo crean o no, fue ella la que le apuñaló por la espalda, cuando Grynne quiso arrojarle sobre mí. Pero después, cuando vi que la detenían, comprendí que tarde o temprano acabaría por hablar.

—La muerte de Clara no le ha servido de nada —afirmó el joven—. Al fin, le hemos descubierto.

Foulham bajó la cabeza. Durante unos momentos sólo el silencio reinó en aquella estancia.

Repentinamente, Foulham giró sobre sus talones y se lanzó a la carrera hacia el laboratorio.

Gleason echó mano al bolsillo, pero en aquel instante se acordó de que su pistola estaba en manos de Edna.

—¡Alto, Foulham! —gritó—. ¡Deténgase!

Jamie McPeel echó a correr tras el asesino. Pero éste había cerrado con llave la puerta del laboratorio.

—¡Al otro lado hay una puerta! —gritó Antserp.

Atropellándose, salieron de la casa y dieron la vuelta. Cuando llegaron a la parte posterior, vieron que Foulham huía velozmente a través de la planicie.

Foulham les había sacado ya demasiada delantera. Jamie McPeel lanzó de pronto un agudo grito.

—¡Alto! ¡Quietos todos, si no queremos morir!

Gleason dio dos o tres pasos más. Sus pies se hundieron en un suelo blando, esponjoso. Al retroceder, vio que las improntas que había dejado rezumaban agua.

Levantó los ojos. Foulham seguía corriendo, aunque con más dificultades.

De pronto, se detuvo. Empezó a hundirse.

Gritó. Fue el suyo un grito largo, como de ave herida de muerte, que se expandió con agudos trémolos por la ciénaga.

Dos o tres pájaros remontaron asustados el vuelo, con sonoros aleteos de protesta, y se alejaron de aquel malsano lugar.

Gleason cerró los ojos unos instantes. ¿Se había confundido Foulham al intentar la huida por un sitio imposible? ¿Lo había

hecho adrede para escapar a la acción inevitable de la justicia humana? Aquel horrible grito, a pesar de todo, se había escapado instintivamente de sus labios. Ya no sabrían nunca cuáles habían sido los pensamientos de Foulham al echar a correr.

Abrió los ojos. La ciénaga había recobrado su aspecto habitual.

EPÍLOGO

Los restos mortales de Frank Weldon ocuparon el lugar que les correspondía, en el cementerio de Gwinster, junto a los de su esposa.

Al lado había una tumba con el nombre de Foulham. La lápida ostentaría pronto el nombre de su verdadero ocupante.

Luke McFadden tuvo que escribir mucho. Afortunadamente, tenía a Jamie como amanuense y el muchacho le descargó de la mayor parte del trabajo.

Gleason habló largo y tendido por teléfono con el inspector Harrogate. Anunció que se tomaría un par de días de descanso, a lo que Harrogate accedió sin poner reparos.

Mientras tanto, Antserp se había enfrascado en el estudio de la libreta de apuntes de Weldon. Al fin, llegó a imponerse de su contenido.

Gleason y Edna se hallaban en un saloncito de la casa, sentados, con las manos juntas, cuando llegó el doctor Antserp con el resultado de sus investigaciones.

En aquel momento, Gleason decía:

—Tengo que volver a Londres, pero regresaré lo antes posible. Quiero pedir mis vacaciones y pasarlas junto a ti.

Edna asintió, a la vez que le dirigía una sonrisa llena de afecto.

—Te esperaré —dijo sencillamente.

Entró Antserp.

—Ya sé qué contiene la libreta —anunció, muy ufano—. Se trata de una nueva fórmula de carburante químico, el cual, si las pruebas dan resultados satisfactorios, como espero, puede resultar una fuente de beneficios para todos. Naturalmente, en primer lugar, para usted, Edna, ya que es su legítima propietaria...

Antserp se interrumpió. Gleason y Edna le habían mirado unos instantes al irrumpir en el saloncito, pero se habían vuelto a coger

las manos y se contemplaban mutuamente.

El científico meneó la cabeza.

—No —murmuró—, me parece a mí que esta pareja no está ahora para explicaciones sobre carburantes.

Y con toda discreción, sin añadir una sola palabra, se retiró, dejándoles solos.

Que era lo que ellos estaban deseando.

FIN

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



— EDITORIAL BRUGUERA, S. A. —

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final. Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



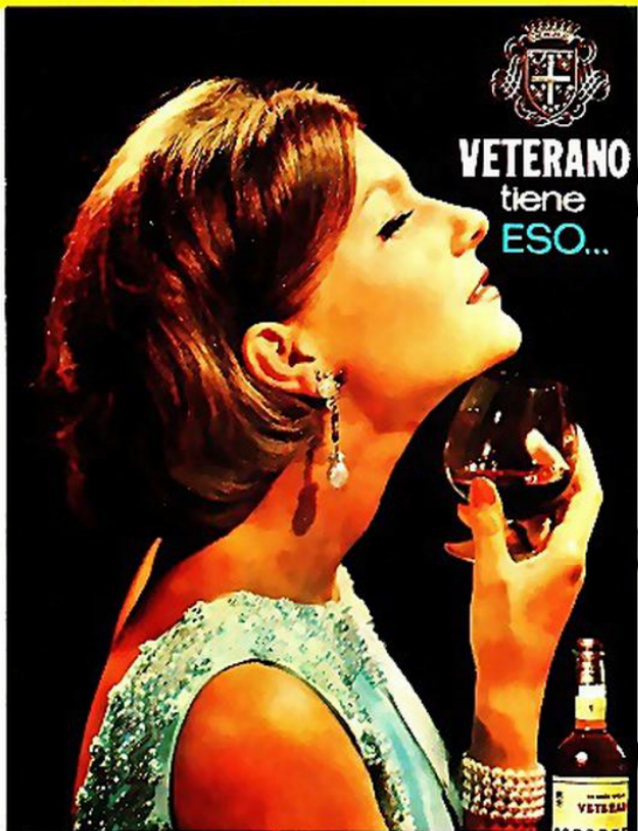
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



OSB

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

